

El conde de Rey



CLIVE BROOK
MADELEINE CARROLL

ediciones
Bistagne



428

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 16941-Barcelona

El consejero del rey

Magnífica producción, de deslumbradora presentación, en que se ponen de manifiesto las veleidades de una corte y las ansias de libertad del pueblo oprimido, en contraste todo ello con el suave amor de una reina-mujer con un plebeyo-caballero

Adaptación cinematográfica de
BENN LEVY - H. G. LUSTIG y HANS WILHELM

de la obra original de
H. G. LUSTIG y M. LOGAN

Director artístico: ANDRÉ ANDREIEV

Música original de: KAROL RATHAUS

Dirección de: VICTOR SAVILLE

Producida por: H. TOEPLITZ

Exclusiva de
SELECCIONES CAPITOLIO
(S. HUGUET, S. A.)
Provenza, 292
BARCELONA

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

10 septiembre 1935

REPARTO:

Cristián VII, rey de Dinamarca.	EMLYN WILLIAM
Carolina Matilde, reina de Dinamarca.	MADELEINE CARROLL
Juliana, la reina madre.	HELEN HAYE
Conde Brandt, maestro de ceremonias.	ALFRED DRAYTON
Conde de Guldberg, primer ministro.	NICHOLAS HANNEN
El doctor Struensee.	CLIVE BROOK
e Isabel Jeans, Frank Cellier, Heather Thatcher, Ruby Miller, Betty Hamilton, Eileen O'Mahoney, Gibb Mac Laughlin, James Carew, Leo Sheffield	

EXCLUSIVA DE DISTRIBUCION PARA ESPANA

Sociedad General Española de Librería.
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: **Barbará, 16** - Madrid: **Evaristo San Miguel, 11**

El consejero del rey

Argumento de la película

NUPCIAS

Ciertamente que aquellos detractores de la monarquía hereditaria, que bucean en la Historia, en busca de datos en que fundar sus diatribas contra el régimen, no habrían hallado tipo más característico que el de Cristián VII de Dinamarca.

Debía ser rey por herencia, pese a su insignificancia, a su pobreza de espíritu, a su abulia.

Un rey con todas las taras sociales, con todos los defectos, con todos los estigmas.

Abúllico de cuna, su madre Juliana, despótica, autoritaria, rodeada de un consejo formado por los más ambiciosos, los más osados y los más aduladores de su talento na-

tural, lo había dispuesto así, de acuerdo (?) con las tradiciones nacionales.

De no ser rey Cristián, la corona escapaba a la dinastía, por lo menos en la rama directa que ella aun se esforzaba en perpetuar.

—Certo que el rey es abúllico— había dictaminado el Consejo, en una sesión solemne—, pero de su matrimonio pueden nacer hijos capaces, uno tan sólo, pero que encarne las tradiciones de la raza...

Y no sólo fué rey de nombre Cristián VII, sino que llevó al tálamo, sin apenas conocerla, en uno de esos matrimonios diplomáticos tan corrientes entre familias coronadas,

a Carolina Matilde, hermana de S. M. Imperial Jorge III de la Gran Bretaña.

¡Pobre Carolina Matilde!

Princesa la hicieron, alteza la llamaron desde la infancia y sus damas la enseñaron a jugar a las reinas desde que le brotó el primer diente.

Y la casaron con un rey y aceptó el yugo, como se hubiera puesto el primer vestido de largo, bajo el que apenas se adivinaba la punta de su pie diminuto...

Era divertido jugar a las reinas, vestir regios atavíos y llegar hasta la iglesia entre apretadas filas de vasallos que arrojaban a sus pies pétalos de rosa y la ensordecían con sus vítores...

Y luego la ceremonia solemne bajo la bóveda de la catedral, entre las columnas enaguinaldadas, frente al altar resplandeciente de oros, de luces de podrerías que jugaban al arco iris con los rayos del sol que se filtraban jubilosos por los amplios y coloreados ventanales de oji-va quebrada...

—Sí... quiero... Acepto...

Las palabras del ritual iban saliendo de sus labios rítmicas, pausadas, aprendidas en el gabinete de

su madre, minutos antes de abandonar el país de las nieblas perpetuas.

¡Bonito jugar a las reinas!

Pero... ¿y el rey? ¿Y su marido?

¡Ah!... Pero, ¿para ser reina había que tener un rey? ¿Era preciso soportar un marido?

A Carolina Matilde no se le había ocurrido aquello. Ni apenas podía dar detalles de cómo era aquel bulto que se movía bajo el manto de armiño, allí a su lado, junto al altar mayor. Gracias si vio unos ojos relucientes y una nariz en garfio bajo una corona monumental, entre unas guedejas empolvadas.

El rey, su marido. Su majestad en el lenguaje protocolario de la Corte, al que tenía que llamar por el título, olvidándose de que era un ser humano y de que tenía un nombre.

Y es que Carolina Matilde, como todas las princesas que se casan por razón de Estado, había aprendido a jugar a las reinas, pero no sabía lo que significaba la palabra "novia", y mucho menos aún lo que quiere decir "mujer".

Con que supiese, más adelante, lo que significaba ser "madre", ya habría cumplido con creces su papel de regia consorte.

¡El amor!... ¡Qué cosas tan ridículas se les ocurren a los poetas!...

—¡Dios salve a Cristián VII, rey de Dinamarca y Noruega... y a su real desposada Carolina Matilde, princesa de Inglaterra e Irlanda!...

Retumbaban los vivas en las galerías del monumental palacio real, venían los gritos de júbilo escaleras arriba desde los jardines de la regia morada, atronaban la calle, las plazas y envueltos en ráfagas de aire iban a filtrarse por los amplios ventanales de las habitaciones privadas de la nueva soberana...

Nupcias. Día de nupcias...

Aroma de rosas y flor de azahar.

Habían regresado los novios de la iglesia y tras las ceremonias de ritual y los saludos protocolarios, Carolina Matilde se halló en brazos de sus damas que se apresuraron a librarla de las cárceles y tormentos de gasas, joyas y flores, que hasta habían llegado a marearla.

¿Y Cristián VII?

Despojado de la corona, llevando aún el manto regio con sus salpicaduras de nieve sobre la grana, de través un gorro ridículo, recogida al desgaire la cola, con la sonrisa más estúpida de su repertorio en

sus labios carnosos y sexuales y un brillo acerado en sus ojos verdosos, el rey de Dinamarca y Noruega, cruzó precipitadamente las estancias desiertas y llegó hasta una puerta cerrada herméticamente, la de las habitaciones de su esposa.

Abrió de un manotazo el batiente y pesetró como una tromba.

Pero su estancia duró poco... Unos segundos tal vez y al salir, lo hizo furioso, descompuesto, dando manotazos en el aire y profiriendo horribles blasfemias y maldiciendo del mundo entero.

Y mientras sus galas corrían el peligro de convertirse en jirones, allá dentro, tras de la puerta misteriosa, Carolina Matilde no estaba menos furiosa que él.

—¡Querer entrar en mi cuarto conociéndonos sólo desde ayer!—exclamaba la reina dirigiéndose a una de sus damas que la miraba con una atonía que no era fingida ni mucho menos.

—¡Pero desde entonces se ha cazado vuestra majestad!—murmuró la doncella atreviéndose a despegar los labios.

Carolina dejó en alto sus brazos que trazaban en el aire un ademán amenazador y su boca permaneció

abierta unos segundos, a tiempo que sus ojos se abrían de par en par, como si acabase de ver algo incomprensible.

—¡No pensé que fuera una cosa tan horrible!...—murmuró al fin, dejando caer los brazos a lo largo del cuerpo, en un gesto de profundo desaliento—. ¡Oh!... ¿Por qué vendría yo aquí?...

—Su majestad vino aquí para empuñar un cetro...—musitó la voz meliflua de su dama de honor, que la miraba compasiva, como si empezasen a interesarle los dolores y las congojas íntimas de aquella muñequita rubia.

—¡Mi majestad!... —murmuró la reina como hablando consigo misma—. ¡No sé nada de cetros!... ¡Sólo sé que soy muy desdichada!...

A la furia de los primeros instantes había sucedido un aplanamiento espantoso, como si en aquel su juego a las reinas acabase de romperse una de las muñecas y sus dedos se hundiesen en el serrín de su cuerpecito diminuto.

Asomaron a sus ojos unas lágrimas rebeldes y se dejó caer abatida sobre un amplio butacón.

Hubo unos momentos de silencio angustioso y Carolina reprimió a

duras penas un estremecimiento.

Acababa de recordar algo que debió producirle como un escalofrío de terror.

—¡... y que estoy casada con ese horrible mozo!...—musitó al fin con el acento con que se acepta lo irremediable.

—Su majestad vino aquí a compartir un trono...—trató de seguir explicándole su dama, que de buena gana hubiese aceptado una permuta de cargos.

—Pero como mujer me niego a compartir...

Habían salido atropelladas de sus labios las palabras.

¿A compartir qué? No se atrevió a redondear su frase.

Pasó ante sus ojos la efígie de su marido, de aquella majestad que llegara hasta su alcoba enseñándole una cabeza hueca, de rubios cabellos, ojos saltones, boca gordazuela, mejillas sonrosadas por los afeites, menudo, chiquito, torpón en los movimientos.

Aquel pelele que hacía doblar los espinazcos de sus cortesanos en una inclinación lacayuna.

¡EL REY!

Cristián VII de Dinamarca, aquel mozo que paseaba la idiotex coro-

nada por los pasillos y los salones, que corría como un corzo tras las damas de su madre y sabía todos los rincones del jardín donde la trompa de caza de sus apetitos malsanos había dado sus sonos al viento en los atardeceres de los días de holganza continuada.

¡EL REY!

Carne, carne, CARNE... sin un resquejío de espíritu, sin nada noble en su figura más que la empuñadura de su espada, que por un sarcasmo seguía semejando una cruz.

¡EL REY!

El bufón de Juliana la Déspota y del conde de Guldberg, su melifluo primer ministro, que jugaban con él al escondite de la realeza...

¡EL REY!

No, no compartiría con él más que el trono, si la obligaban a hacerlo, y eso a la fuerza, a rastras, con repugnancia, con un asco invencible...

La pobre princesita se retorció las manos con desesperación. ¡Aquello era horrible!... Y miraba a todas partes, como si los artesonados de los techos y los tapices de las paredes, y los cristales relucientes de las ventanas, fueran las vigas, las paredes encaladas, los recios ba-

trates de su calabozo perpetuo.

Salió de su pecho un hondo suspiro.

— ¡Mi majestad!... — murmuró repitiendo las palabras de su compañera de infortunio—. ¡Si hasta he perdido el nombre!... ¡Jamás nadie volverá a llamarme por él!... ¡Oh, esto es horrible!... ¡Jamás creí que se pudiera ser tan desgraciada!...

Y hundió la carita entre las manos temblorosas y por entre los dedos abusados se filtró un torrente de lágrimas que abrasaban su piel de nácar...

¡Qué juego más horrible el de jugar a las reinas, cuando hay un corazón allá en lo más íntimo del pechito de carne!...

.

Cristián VII estaba hecho una fiera. Pateaba furioso de un lado a otro de la estancia, rompió tres o cuatro objetos que se ofrecieron a su vista, se caló de un soberano puñetazo, hasta las orejas, el cucurucho que llevaba en la cabeza y, apoyando ambas manos en las caderas, se quedó mirando de hito en hito al conde de Brandt, su maestro de ceremonias... amorosas, el palacio a quien encargara la reina

madre la educación de su *querido* hijo y señor.

—¿Qué te parece?—rugió con su vocecilla afeminada—. ¡Se ha atrevido a echarme de su alcoba!...

—¡Cosas de la educación inglesa, majestad!—contestó Brandt doblando el espinazo.

Formaban aquellos dos hombres un notable contraste.

El conde de Brandt era un hombre alto, fornido, con una cara rubicunda en la que se notaban los *estragos* de su vida *trabajosa*.

Sus molletes, de cúpula de catedral visigótica, denotaban los esfuerzos de su estómago para ir distribuyendo por todo el cuerpo las comilonas a que se entregaba su dueño. En aquella cara de torta había siempre una mirada obsequiosa y una sonrisa servil.

Era conde y caballero por la *casaca* bordada, por la media de seda, por el zapato de hebilla de oro, por la gorguera de encaje, por los afeites, por el colorote, por la peluca rizada, por aquella espada que le cayera del cielo y aquel monóculo de concha que era como la varilla mágica de su oficio...

Por el cuerpo, por la grasa, por las vísceras repletas de antojos, era

plebeyo, terriblemente, espantosamente plebeyo aquel conde de Brandt, maestro de ceremonias de la Corte de Dinamarca y Noruega.

A tal amo, tal criado.

Los refranes pueblerinos se confirman hasta en las antecsalas palaciegas, al pie mismo de los tronos, que por dorados que estén, fueron hechos de madera.

—¿Creerá ella que deseé esta boda?—siguió aullando aquel muñeco regio—. ¡Quien acaso me gustaba era su hermana!—prosiguió al fin brillando en sus ojos una sonrisa lasciva.

—¿Y no la tomasteis, majestad?—preguntó el conde abriendo una boca tamaña sin explicarse cómo podía negársele algo a su amo, tres veces angusto, por el origen, por la cuna y por la idiotez.

—Mi madre me lo impidió —murmuró con desaliento el monarca, deteniéndose un punto en sus paseos de hurón enjaulado—. ¿Sabéis cómo me llamó? —continuó montando en cólera de nuevo al recuerdo de la escena conyugal—. ¡A mí, rey de Dinamarca!

Inclinóse el conde y se atrevió a preguntar:

—¿Cómo os llamó, majestad?

—Me llamó "mequetrefe mimado... a quien había que dar un bofetón".

—¡Oh, majestad.. un bofetón!

—¿Acaso puede pegarse a un rey? —clamó tragicómico el fabricante de herederos de Dinamarca y Noruega—. ¿Podrías vos?

Por más esfuerzos que hizo no logró el conde de Brandt empujarse, como hubiera sido su deseo, al contestar:

—No sé, majestad... nunca lo he intentado...

Cristián VII tras mirarle fijamente unos minutos sin saber qué contestar, recogió con un gesto decidido los restos de su manto real y se dispuso a salir por una de las puertas monumentales de la estancia.

—¿Quiere retirarse vuestra majestad? —preguntó el conde sin poder dominar una sonrisa de alivio.

—¿Retirarme?—preguntó el rey dando media vuelta y mirándole con su cara de estupidez más característica—. ¡No, voy a mostrarle que soy un hombre de mundo!

—¿Un hombre de mundo, señor? —preguntó el maestro de ceremonias atónito.

—¡Sí! ¡Mi equipaje!—ordenó el

monarca.

—¿Vuestro equipaje, señor? —exclamó con una sonrisa obsequiosa el conde que empezaba a comprender.

—Sí. Dejo el palacio. Dejo Copenhague. Dejo Dinamarca...

—¿Un viaje?—dijo Brandt frótándose las manos complacido.

—Sí. Un viaje de placer—resumió el príncipe—. Los ingleses pondrán perros (se refería al hermoso perro que se hallaba, como bravo guardián, tendido junto a la puerta del aposento de la reina) con que burlarse de los reyes... pero hay alemanas en Hamburgo que no son así...

—¡Oh, las alemanas de Hamburgo!—exclamó admirativo el maestro de ceremonias de la corte dinamarquesa, relamiéndose de gusto por anticipado.

Y amo y lacayo se dirigieron de una manera precipitada a poner en práctica el proyecto de venganza que se le había ocurrido a aquel muñeco vestido de sedas.

Estaba reunido el consejo de la regencia.

Juliana, la reina madre, seguía gobernando tranquilamente Dina-

marca, sin enterarse de que desde el momento en que fuera proclamado Cristián VII y unido en matrimonio a Carolina Matilde de Inglaterra, ella había dejado de ser reina.

Pero aquel pergamino con falda no lo entendía así. Soberbia, altiva, orgullosa, rapaz, no soltaba el cetro, no sólo porque comprendiera que aquel adminículo no podía ser en manos de su hijo más que un latiguillo para dirigir la trailla, sino porque quería mangonear a su antojo, tener derecho de vida y hacienda sobre todo y sobre todas.

Y a sus consejeros, que halagándola en su pasión de mando, iban enriqueciéndose a costa del pueblo, les iba muy bien con un amo con falda, al que con unos halagos y unas reverencias mostraban más que suficientemente su capacidad para los altos menesteres que se les confiaran.

Mientras su hijo quería entregarse al placer, Juliana, rodeada de ministros en la mesa inacabable de aquel salón monumental, hacía la *felicidad* de sus súbditos.

El consejo tocaba a su fin. Las leyes salían de los puntos de las plumas con una sencillez maravillosa.

—Supongo, pues, majestad—decía a la sazón el conde de Guldberg, el atildado primer ministro, carátula ceremoniosa, de gestos comedidos y alma en sacacorchos—, que estando todos conformes, podría enviarse en seguida un proyecto al consejo jurídico.

—Ya arreglé eso ayer, señor—le interrumpió secamente la reina madre.

—Así, sólo queda enviarlo al rey para su firma...

—Ayer lo hice ya, señor—volvió a repetir Juliana mirando a su interlocutor desde lo más alto de su majestad.

—Terminada, pues, nuestra labor—continuó el primer ministro con su más obsequiosa sonrisa—, permítidme aprovechar esta oportunidad para pedir a la providencia nos mande pronto un heredero del trono.

—Ayer lo dispuse todo para eso, señor—cortó en seco la soberana, como si para ella fuese tan sencillo firmar un decreto de vida como un decreto de muerte.

Miróla atónito el conde de Guldberg, pero no tuvo tiempo para expresar con palabras su admiración por aquella política tan previsora de su soberana, porque en el mismo

instante abrióse una de las puertas de la sala de consejos y uno de los mayordomos de palacio se acercó presuroso a la reina diciendo tras una reverencia cortesana:

—Majestad... Señores... Su majestad salió anoche de palacio para Hamburgo.

Miráronse unos a otros los consejeros como si acabasen de arrojarles un jarro de agua fría.

El mensajero continuó explicando:

—Su majestad y el conde Brandt fueron al parecer en busca de actores para las funciones teatrales de la corte.

—Cuando la nave del Estado cruza procelosos mares —dijo enfáticamente el primer ministro—, no debe el piloto abandonar el timón.

La reina madre volvió hacia él su cabeza soberana y torciendo los labios en un rictus de autoridad, replicó con voz agria:

—Os felicito por vuestra original metáfora... pero, ¿el piloto no ha abandonado el timón! Su majestad es el armador, ¡no el piloto!

Y paseando su mirada de triunfo por sus consejeros atónitos, continuó:

—Os prometo hacer cuanto pueda por que la nave siga su rumbo... como he hecho hasta ahora, aunque sólo soy una débil mujer.

Y poniéndose en pie, inclinó apenas la cabeza en señal de despedida y se dirigió hacia la puerta con aquella majestad que aun conservaban sus setenta años de mando y altanería.

BACANAL

En la casa de Hilda, un burdel aristocrático de Hamburgo, la orgía llegaba aquella noche a extremos insospechados.

Las pupilas lucían sus galas mejores y se escuduciaban los vinos más finos de la bodega alemana, que

aunque sólo nos la pintan repleta de toneles de cerveza, puede servir de norma a cuantas bodegas hay en el mundo desde que Noé descubriera un día que la uva tiene cualidades soporíferas.

Gran orgía la que habían desen-

cadenado aquellos rubios extranjeros que parecían disponer de un cofre fuerte inagotable en áureas peluconas.

Hombres sólo había media docena.

Aparte de los "paganos", dos caballeros ricamente llajados y vestidos de manera principesca, y tres o cuatro lacayos que aquella noche corrían paralelamente a sus señores en cuanto a vaciar botellas y abrazar damiselas.

Bajo un montón informe de sedas y encajes, muslos, brazos y senos desnudos, flotaba la cabeza adormilada de Cristián VII de Dinamarca, que estaba dando a su regia consorte, una prueba más de que era todo UN HOMBRE DE MUNDO... juntándose con cuantas mundanas pudo coleccionar en Hamburgo en unas horas su bolsa inagotable.

Hilda estaba en sus glorias y se puede decir que en aquella noche, ninguna trotona de Hamburgo dejó de atravesar la calleja en que se alzaba su... hospedería.

—¡Vamos, zagala, escancia vino!—gritaban los lacayos de su majestad, aprovechando la ocasión de regalarse a sus anchas—. ¡Aprisa!

—¡Escancia, mujer!—intervino Hilda, que en aquellos momentos recorría como un general en jefe su campo de batalla—. ¡A beber todos! ¡Esta es la mejor noche que ha habido en muchos años!

Y sonreía satisfecha mostrando la doble hilera de sus dientes de perro de presa.

Cristián VII, entretanto, hecho un ovillo sobre el regazo de una "damisela", empezaba a dar muestras de cansancio.

Se cansaba ya de aquel juguete y sus ojos enturbiados por el alcohol recorrían la sala buscando un sustitutivo.

—¿Conque conocéis personalmente al rey de Dinamarca, eh?—preguntaba la betaira a su regio compañero.

—Sí... le conozco muy bien...—balbuceó el marido de Carolina—. Soy... su agregado particular.

—¿Y cuál es vuestro empleo en la Corte?—preguntó la moza, que empezaba a sospechar la verdad.

—Soy... su agregado... particular—salía entre tufuradas alcohólicas de la boca estropajosa de Cristián—. Mi empleo... consiste... en vestir al rey y ocuparme principalmente de sus diversiones...

Y al hablar así dirigía una mirada que quería ser de "inteligencia" al orondo conde de Brandt, que seguía siendo el maestro de ceremonias en aquella plebeya bacanal.

En aquel momento apareció Hilda en un corredor en lo alto de una escalera de madera que conducía a las habitaciones reservadas, precediendo a una nueva "inquilina", una morena de ojos rasgados, que dándose cuenta del importante papel que iba a desempeñar en breve sonreía provocativa a aquel despojo con cascaca que iba a ofrecérsela a su voracidad de tigrasa.

—¡Eh, caballero! —gritó Hilda con voz de triunfo—. ¡Mirad hacia arriba, que aquí llega la reina!

Alzó la cabeza en un sobresalto repentino Cristián VII de Dinamarca y Noruega y se quedó mirando con unos ojos como ventanas abiertos hacia la región llegada.

Sin duda debió gustarle su desnudez, porque apartando a las busconas que se disputaban sus caricias en aquellos momentos, púsose en pie y aun dió un paso para salir al encuentro de aquella otra majestad que se ofrecía sin protocolo.

Pero el pobre muchacho había confiado demasiado en sus fuerzas

y tras unos traspies durante los que trató en vano de mantenerse en equilibrio, agitó un momento en el aire los brazos y acabó cayendo violentamente de espaldas cuan largo era.

Corrió hacia él apresuradamente Brandt y gritó angustiado:

—¡Pronto, un médico! ¡Se muere!

La verdad es que el aspecto del caído era más de un cadáver que de otra cosa.

No temía que se perdiese nada de provecho el *buen caballero*, pero la muerte del rey en aquellas circunstancias y en aquel sitio, no hubiera sido, ciertamente, una encomienda para él en la corte de su madre.

¡El tumulto que se produjo en casa de Hilda en unos segundos!

Corrían todos de una parte a otra como alocados y más de una "dama" buscó disimuladamente la puerta de salida.

Aquello suponía una encuesta, la policía, el juzgado, las declaraciones, tal vez la cárcel... y aquellas "señoronas" no debían de sentir grandes simpatías hacia la justicia.

—¡Pronto, un médico! —secundó Hilda que había bajado precipita-

damente las escaleras y daba órdenes como un general en jefe—. Tú, ve a buscar Struensee, que vive ahí cerca. ¡Anda... que éste está muy mal! Pero, deja: iré yo misma.

Y mientras iba a cumplir el encargo, el conde de Brandt y un par de lacayos, alzaron del suelo al borracho y lo acondicionaron lo mejor que pudieron.

El doctor Struensee, Federico Struensee, vivía, efectivamente, a dos pasos de allí, al final de la misma calleja en que estaba emplazado el palacio de madame Hilda, la hostelería de monarcas desesperados.

Federico Struensee era un tipo digno de estudio.

En su camaranchón, allá cerca del cielo, entre muebles mesquinos, bajo vestidos raídos, Struensee se despegaba materialmente de cuanto le rodeaba.

Era un hombre como de unos treinta años, alto, delgado, pero de músculos de acero, fino, elegante, respirando una distinción innata, que brillaba aún más en la mirada de sus ojos negrísimo bajo una frente amplia, remate a una cabeza realmente mayestática.

En sus labios como esculpidos en carne, vagaba siempre una son-

risa de superioridad, que al mirar hacia las miserias que le rodeaban tenía a veces un rictus de desdén.

Su voz era metálica, firme, autoritaria. Tenía, indudablemente, la superioridad del talento y de la ciencia.

Sus modales eran señoriles y los harapos, al influjo del dominio de toda su persona, parecían querer enseñar encajes y galones sobre la tela desteñida por el uso.

En el momento de llamar a su puerta la propia Hilda, el doctor Struensee, que parecía ser un admirador de la naturaleza en todas sus manifestaciones, tenía entre sus brazos a una linda morenilla que tendía hacia él sus labios dulzarrones.

Al oír los golpes dados con los nudillos en la puerta, la linda pizpireta estremeciéndose toda y se apretó aún más contra el cuerpo del médico.

—¿Y si es mi padre?—habíase con voz temblona a punto que aparecía en su rostro hasta entonces picaresco una mueca de terror.

Struensee no se inmutó ante las palabras aquellas que podían confirmar una amenaza contra su reputación... y contra su persona.

Con voz sosegada, como si efec-

tivamente estuviere recitando un diagnóstico, contestó muy serio y muy digno:

—Tomad tres cucharadas tres veces al día y no durmáis con las ventanas abiertas. Decid a vuestro padre que vuestro corazón funciona perfectamente y que no debe de preocuparse.

Mientras hablaba se había puesto la casaca y se dirigía a la puerta que entreabrió apenas.

Hilda, que no era lerda, le atacó burlona:

—¡No hagáis comedia por mí! ¡Venid corriendo!

En el rostro de Struensee se dibujó algo como una interrogación, en un movimiento casi imperceptible de las cejas.

—¡Hay un enfermo!—dijo Hilda en contestación a aquella pregunta muda—. ¡Alguien muy importante! ¡Ahí, en mi casa! ¡Daos prisa, por favor!

Struensee volvió hacia el interior de su vivienda para coger lo más indispensable de su botiquín y ya a punto de marcharse dijo a su linda compañera:

—Si algún día tenéis un hijo, no permitáis que sea médico. ¡Es la profesión más inestable! ¡Os dejaría cuando más le necesitarais!

Y dando un golpecito en las mejillas a la muchacha se dispuso a seguir a Hilda.

El trayecto no fué largo.

Unos minutos después penetraba en el burdel, en donde aun reinaba la confusión más espantosa.

—¿Quién es el enfermo?—preguntó el doctor.

—No le conocéis—contestó la dueña del palacio del placer—. ¡Daos prisa!

Esta última excitación salió de sus labios al ver que Struensee se había detenido ante una mesa en donde en revuelto montón se veían algunas prendas de la indumentaria de los visitantes de aquella noche de orgía.

Entre las sedas y los encajes salía el mango de un bastón. Era un puño cuajado de piedras preciosas y con cierto emblema labrado en una contera de oro.

Tocólo apenas con la punta de los dedos el médico y en su rostro expresivo se dibujó una extraña sonrisa.

—¡Vamos allá!—dijo por todo comentario, y llegó al salón principal en el que una verdadera montaña de carne se agolpaba sobre el cuerpo inerte del beodo regío.

Struensee apartó a manotazos a

toda aquella gentuza y cuando le dejaron el espacio libre para ver a sus anchas se inclinó sobre el cuerpo de Cristián y lo examinó con una rápida mirada.

No tuvo que hacer grandes esfuerzos mentales para adivinar lo que padecía aquel hombre.

Extrajo de uno de los bolsillos de su casaca un termómetro y lo introdujo en la boca del paciente.

Hacho esto, dirigió una mirada investigadora en torno suyo y vió, aparte del espectáculo que no había de sorprenderle en aquel sitio, de hombros y espaldas desnudas, la figura ampulosa del conde y las caras asustadas de otros dos o tres caballeros.

En la manera de mirar al caído se adivinaba que debía ser algún personaje importante.

Retiró el termómetro y al ver los esfuerzos de la columna mercurial por romper la envoltura de vidrio, Struensee se acercó al beodo, lo cogió en sus brazos como si fuese una pluma y abriéndose paso por entre los atónitos testigos de esta escena, se dirigió rápidamente hacia una tina llena de agua que viera en el vestíbulo al entrar.

Llegado allí, alzó el cuerpo del monarca hasta el nivel de su cabe-

za y lo dejó caer bruscamente en el agua.

El efecto fué instantáneo y Cristián a la impresión del agua fría abrió los ojos y, como si se encontrase en pleno Zuiderzee, empezó a manotear recordando sus conocimientos de natación.

Brandt, entretanto, dirigiéndose en tono casi agresivo a Struensee, le dijo hecho una fiera:

—¿Qué hacéis, caballero?

—¿Qué hago?—contestó con flema el doctor—. ¡Lo que debe hacerse con un borrachín!

—¿Sabéis con quién estáis hablando?—se engalló el conde.

—Sí, señor... Con unos caballeros en un...—corrigióse un punto y añadió más tranquilo aun—en casa de Hilda.

Y volviendo la espalda al imponente maestro de ceremonias, se dedicó de lleno al enfermo.

—¿Qué edad tenéis?—interrogó.

—Veinte años—contestó Cristián que le miraba estupefacto.

—¡Pues tal como vais no llegaréis a treinta!

—¿Queréis decir que no soy bastante crecido?—balbuceó atónito el rey.

—No sois bastante fuerte. ¿Que-

réis un consejo?

—Sí — dijo más con la cabeza que con la boca Cristián.

—Creo que no sois tan necio como creen estos caballeros.

E indicó con el gesto a los acompañantes del monarca, que iniciaron un ademán de protesta, pronto contenido por la mirada autoritaria del doctor—. Si tenéis sesos... y creo que los tenéis... acabaréis con todo esto. Usad el ingenio que Dios os dió para convertirlos en un útil... ciudadano. Esos caballeros pensarán de otro modo, pero creo que deberíais ser aconsejado por mí. No dejéis que otros os dicten vuestra vida. Volved a vuestro alojamiento, abrigaos bien y dormid hasta que no podáis más. Y cuando despertéis, acordaos de lo que os digo: el vino es el agua de Satanás, y la mujer capaz de arrastrar al hombre al mismísimo infierno.

Y sin articular una palabra más, volvió la espalda al bañista y salió de la estancia y de la casa sin volver una sola vez la cabeza.

—¿Dónde vive? ¡Averiguad dónde vive!—gritó el rey ya puesto en pie en la bañera al verie marchar.

—¡Dejádmelo a mí! — contestó arrogantemente el conde de Brandt.

—¡Haré que lo arrojen de la ciudad!

Creía firmemente que el rey estaba indignado con la forma de tratarlo de aquel mediquillo, pero su asombro no tuvo límites cuando oyó que Cristián continuaba muy serio:

—Mañana salimos para Copenhague. ¡Haced que venga con nosotros!

—Pero, señor—intentó protestar el conde abriendo unos ojos tamaños.

—¡Lo quiero y basta! ¡Vale más que todos nosotros juntos! ¡Lo llevaré a la corte! ¡Es el primer hombre que me ha dicho la verdad!

Había salido del agua y se sacudía como un perro de lanas.

—¡De hoy en adelante pensaré por mí mismo y gobernaré por mí mismo!

Y se regocijaba de antemano pensando en lo divertido que iba a ser aquello. Luego se volvió un momento hacia Hilda, que habiéndose dado cuenta de quién era por las medias palabras cruzadas hasta entonces entre los actores de esta escena le miraba asombrada, la dijo imperativo:

—¡En cuanto a ti, repugnante criatura, híncale de rodillas!

Hilda atemorizada se hincó de hinojos ante el rey, que prosiguió con voz campanuda:

—El agua de Satanás... no... no es así—se interrumpió haciendo esfuerzos enormes para coordinar sus ideas en desorden, por su idiotez natural y por el alcohol—. El vino de Satanás es el agua de Satanás... y la mujer capaz de arrastrar al mismísimo hombre... no... al mismísimo infierno... En fin—continuó renunciando a triturar su magia—. Pide al cielo que perdone tus pecados... ¡Anda, obedéceme!

Hilda, temblando como una azogada, repitió entre balbuceos:

—¡Que Dios perdone mis pecados!

Cristián VII se sintió enormemente satisfecho. Le habían obedecido por primera vez en su vida.

¿Qué importaba que fuese la dueña de un burdel?

Y volviéndose majestuoso a su maestro de ceremonias, le dijo con altivez:

—¡Vámonos, Brandt! ¡Prepárame el baño!

¡Ya era rey... o ya iba a serlo! ¡Eureka!

A la mañana siguiente, la humil-

de vivienda del doctor Struensee se vió honrada con una visita importante.

El imponente conde de Brandt iba a visitar al médico en nombre de su amo.

—El motivo de mi visita, doctor Struensee—dijo como siempre ceremonioso después de sentarse a la invitación del doctor—, quizás os cause sorpresa.

El aludido se inclinó sin contestar y sin transparentar en su rostro la más mínima emoción.

—Sucedé que soy chambelán y maestro de ceremonias de la corte de Dinamarca y...

—¿De veras, señor?—se limitó a contestar Struensee clavando en aquella masa de carne su mirada burlona.

—El caballero a quien atendisteis anoche en la taberna, era nada menos que su majestad el rey de Dinamarca...

—¿De veras, señor? — repitió Struensee a quien divertía sobremediana la escena y que estaba más enterado de lo que Brandt suponía de aquellos pormenores.

—Para ser breve — continuó Brandt dándose tono—, me impresionó la habilidad vuestra... así es

que me propuse convencer a su majestad de utilizar vuestros servicios en la corte.

—¿Hicisteis eso por mí?—murmuró con la misma socarronería el doctor.

—Tengo buen ojo para descubrir talentos — contestó el chambelán con suficiencia.

—Sois muy amable, señor—se inclinó Struensee.

—El rey parte a las dos y quiere que vayáis en su compañía. ¿Estaréis listo para esa hora?

—Estoy listo desde ahora—contestó tranquilamente Struensee dirigiendo una mirada en torno suyo y posándola al fin sobre una maleta que había en un rincón—. Ya hice mi equipaje.

—¿Vuestro equipaje?—murmuró atónito Brandt.

—Sí. No tengo gran cosa.

—Y... ¿por qué hicisteis vuestro equipaje? — balbuceó atónito el gran chambelán de la corte de Dinamarca y Noruega.

—Para ir a Copenhague—repuso Struensee con sencillez.

—¿Quién os dijo que ibais?

—Veréis. En verdad, decidí ir a Copenhague... en cuanto vi el bastón de su majestad anoche.

Y viendo el asombro de su interlocutor le dijo acompañándole hasta la puerta:

—¿Dijisteis a las dos, señor?

Brandt no veía ni la puerta, de atolondrado, y al llegar a ésta se volvió compungido hacia su huésped y murmuró iniciando la marcha:

—Podíais haberme ahorrado el venir aquí, ¿no?

—En efecto—dijo Struensee fingiendo condolencia—, podía... Os pido perdón.

Cuando Struensee se quedó solo, sacudió negligente unas manchas de polvo de su casaca y dirigió una mirada melancólica a los cuatro muebles que compusieron hasta entonces su hacienda. La mesa cargada de libros, el armario repleto de libros, el laboratorio minúsculo en un rincón, donde bailaban su zarabanda diaria sobre las llamas del hornillo de alcohol las probetas y los matraces.

Todo aquello quedaba tras él. El resto del ajuar iba con él a iniciar la marcha sobre Copenhague. Todo su ajuar: su única casaca, sus únicos calzones, sus únicas medias, sus únicos zapatos.

Quedaba atrás la miseria. Frente a él se abría la senda de la fortuna o de la...

—¿Y qué puedo encontrar allí

sino es la gloria y la fortuna?—se dijo Struensee encogiéndose de hombros y dando un paso hacia la puerta.

¡ORDENO Y MANDO!

Por las largas carreteras polvorientas iban traqueteando las carrozas que formaban el séquito de su majestad el rey de Dinamarca, de regreso de su excursión a Hamburgo, a donde fuera a demostrar que era un hombre de mundo.

Habían entrado ya en tierra de su país y los campesinos que encontraban en el camino y que reconocían a su señor en uno de los viajeros, se agolpaban a ambos lados de la carretera y le aclamaban entusiasmados.

Desde la ventanilla de una de las carrozas, el doctor Struensee miraba aquellas tierras en las que en adelante habría de vivir y murmuraba para sí:

—Bueno, Federico Struensee, amigo mío, ¡hoy viajas con un rey!

Y aun contestaba sonriente, cosa extraordinaria en él hasta entonces, a aquellas gentes que mostraban de manera tan excesiva su regocijo.

En una de las carrozas, Cristián VII de Dinamarca y su chambelán parecían satisfechos de su viaje, más el primero que el segundo, indudablemente.

Y el rey, a quien parecía que el imprevisto baño en casa de Hilde, en Hamburgo, había sentado maravillosamente, le decía al conde Brandt con una sonrisa luminosa en su rostro de chiquillo:

—¡Brandt! ¡Brandt! ¡Qué sorpresa van a tener hoy en Copenhague! ¡Me marché hecho un simple muchacho y vuelvo rey!

El maestro de ceremonias, que indudablemente tenía el pensamiento algo lejos de su majestad, se limitaba a afirmar lentamente con la cabeza.

—¡Imagínos la cara de mi madre... y de Guldberg, cuando les diga que en adelante gobernaré yo! ¡Ja, ja, ja!

Y el bueno del rey reía con toda su alma.

—Sin duda va a ser muy divertido, señor—contestó Brandt, que para su fuero interno se preguntaba en qué acabaría todo aquello.

Como buen palaciego no dejaba de inquietarle la intromisión en palacio de aquel doctorcillo que en tan pocas horas parecía haber cobrado ascendiente en el ánimo de su majestad.

¿Acabaría por desbancarlos a todos? ¿Terminaría su privanza y con ella el dominio que hasta entonces ejerciera sobre el abúlico soberano?

No es que tuviera una gran confianza en que éste llegara con el tiempo a despertar de su abulia congénita, pero temía porque sabía que era un carácter fácilmente moldeable y sospechaba que el doctor Struensee acabaría por hacer de él lo que quisiera, convirtiéndose en el verdadero soberano a poco que se lo propusiera.

Como si Cristián hubiese estado leyendo en sus pensamientos, vino a sacarle bruscamente de ellos al decirle:

—¿Dónde está ese doctor? ¿Le tenéis bien seguro?

—No temáis, señor. Viaja en

buena compañía—contestó Brandt, vuelto a la realidad.

En efecto, Struensee tenía por compañeros de viaje a dos antiguos actores del teatro real de Copenhague que iban hablando, como siempre, de cosas de su oficio.

—Otra gran dama—decía uno de ellos—, interpretaba a Ofelia... Vuestro humilde servidor era el taciturno... ¡Oh, Dios, qué reparto!

Struensee miró a aquel "taciturno" tan immodesto y, calándose el sombrero hasta los ojos, se quedó adormilado en su asiento.

Si Ofelia no valía más, realmente no le interesaba aquel reparto.

Llegaron los viajeros ya bien entrada la noche y tras unos corteses saludos, retiráronse todos a descansar, que bien lo necesitaban tras aquel viaje demoledor de huesos.

Al hallarse a solas con el doctor, por primera vez desde su llegada a Copenhague, el monarca exclamó gozoso:

—¡Henos aquí! ¡Hoy comienza la era de oro de Dinamarca!

Miróle unos segundos en silencio Struensee y al fin preguntó poniendo toda su atención en la respuesta:

—¿Puedo preguntar cuál será el primer paso de vuestra majestad?

Y miraba atentamente a aquel chiquillo, para procurar darse cuenta de lo que podía esperar de semejante discípulo.

¿Se habría equivocado? ¿Sería en realidad un monigote sin sentido propio de su personalidad?

—Pues — contestó el rey tras unos momentos de vacilación—. No sé exactamente... ¿Si fuerais rey, qué hariais?

—Majestad, si yo fuera rey, lo primero que haria sería hacer valer el derecho divino de los reyes.

—Sí — contestó como pensativo el monarca—. ¿Sabéis, doctor, que hay gentes hoy día que no creen tal cosa?

—¡Sólo puedo deplorar su existencia! — murmuró Struensee sin perder de vista ninguno de los movimientos de su augusto interlocutor.

—Desde hoy estoy solo—prosiguió Cristián—. Vos me diréis lo que tenga que decir. No os separéis de mí lado ni un segundo.

Y mirando antes recelosamente a todas partes, murmuró en voz queda, mientras brillaba en su rostro barbilampiño una sonrisa maliciosa:

—¡Ahora verá ella!...

—¿Quién es ella?—se atrevió a preguntar Struensee saltando por encima de la etiqueta cortesana que prohíbe interrogar a los reyes.

—La reina.

—¡Ah!

—¿Querréis creer que me arrojó de su alcoba el día de nuestra boda? Por eso me marché a Hamburgo.

—¡Ah! — repitió Struensee empezando a darse cuenta de las cosas—. Pues descansad en mí, señor... Su majestad os tratará como todos con respeto.

—¿De veras? — relucieron los ojos incisivos del monarca—. Si hacéis eso os colocaré en el más alto de los altares.

Una sonrisa imperceptible e indefinible distendió un tanto el rostro hermético del doctor.

—Decididamente—pensó—, tendré que hacérmelo yo todo.

Y encogiéndose de hombros, hizo una reverencia y vió desaparecer a su majestad.

A la mañana siguiente, apenas levantado, Struensee acudió a ponerse a las órdenes de su señor, que le hiciera dormir en su antecámara, para tener más seguridad de que no iba a desaparecer de su vida

aquel hombre entrado en ella de manera tan milagrosa.

Precisamente en aquel momento llegaba uno de los criados portador de la monumental chocolatera que servía el diario soconusco a aquel muchachuelo de veinte años, que glotoneaba como un chiquillo de cuatro años.

—¡El chocolate de su majestad! —anunció el criado depositándolo sobre la mesa y retirándose tras de hacer una profunda inclinación.

Cristián VII se sentó ante la mesa restregándose las manos de gusto anticipadamente y exclamando realmente gozoso:

—¡Ah! ¿Está bien, doctor?

—¿Qué, majestad? — preguntó Struensee sorprendido.

—¡Pues mi chocolate! ¡Mi chocolate!

Struensee alzó la tapadera de la chocolatera, aspiró el perfume que de ella se desprendía y contestó a tiempo que llenaba una taza al soberano:

—¡Delicioso, majestad! ¡Perdonadme, majestad... no estoy aún habituado a tan importantes servicios!

En aquel momento un criado apareció en la puerta y anunció:

—¡El conde de Guldberg!

—Es el primer ministro de mi madre—dijo por lo bajo Cristián, a tiempo que el conde aparecía en el umbral con su ambigua sonrisa característica.

El astuto cortesano se inclinó ante el soberano y dirigió una rápida mirada a la negra figura de Struensee erguida junto al rey y más hermético que nunca su rostro impenetrable.

—¿Su majestad desea consultarme sobre alguna cosa?—preguntó Guldberg, a quien se veía molestaba enormemente la presencia de un extraño.

Sabía ya por Brandt el hallazgo que hiciera su majestad en Hamburgo y en qué condiciones había entrado aquel hombre en palacio y aunque consideraba al rey incapaz de cualquier iniciativa propia, recelaba de lo que pudiera inspirarle aquel hombre, que por lo que estaba viendo no parecía un bufón más en la corte de un monarca.

Cristián VII, en cuyo rostro se notaban los esfuerzos que estaba haciendo para concentrar en algo fijo el pandemonium de sus pensamientos, contestó mientras seguía engullendo su desayuno:

—Sí, claro... Esperad. Veamos...

¿Sobre qué quería yo consultaros?
¡Qué raro!

Nada, no salían de aquel cerebro las palabras más que a empujones.

Struensee le miraba con lástima. ¿Irían a fracasar todos sus esfuerzos? ¿Sería incurable el soberano?

—¡Y era un tan grave asunto de Estado! — murmuró el rey procurando dar a su rostro toda la seriedad que estas palabras demandaban.

Guldberg acentuó su sonrisa desdenosa y miró a Struensee de arriba a abajo como burlándose de antemano del ridículo que iba a correr aquel advenedizo.

—Majestad—dijo al fin inclinando ligeramente su altiva cabeza—. Hay consejo. Si me permitís, mientras vuestra majestad piensa en su pequeño problema y se desayuna...

E hizo ademán de retirarse.

Pero en aquel momento Struensee, que no perdía de vista a los dos interlocutores y que había leído en el pensamiento del primer ministro como en un libro abierto, murmuró unas palabras al oído del rey.

Esta, como inspirado por una firmeza súbita, dijo autoritariamente:

—¡No os vayáis!

—Quizá vuestra majestad—contestó el primer ministro—no se da cuenta de mis muchas ocupaciones.

—Mi majestad se da cuenta de todo—insistió el rey, tras otro murmullo a su oído del astuto doctor—y por eso os ordena que os quedéis.

—He de hacer cosas de muchísima importancia — replicó Guldberg, que viendo que se acercaba la lucha, variaba de táctica y se disponía a atacar, con aquella seguridad y aquel aplomo que le daban años y años de intrigas y cubileteos cortesanos—. Quizá interese a vuestra majestad saber que existe hambre en el reino...

—¡Hambre! — murmuró el rey mirando su desayuno suntuoso.

—Que hay una peligrosa agitación entre el pueblo.

—¡Agitación! — repitió Cristián enarcando las cejas como si realmente empezase a interesarse.

Struensee dibujó en la comisura de sus labios una imperceptible sonrisa, mientras no perdía de vista uno solo de los movimientos del rostro movable del astuto cortesano.

—Que hay una alarmante epidemia de viruela...

—¿De viruela? ¿Habéis oído,

doctor?—murmuró el rey llevándose ambas manos al rostro, como si sintiese en él los picores precursores de la terrible enfermedad—. Eso es grave... Una epidemia.

Guldberg quiso aprovechar aquel momento de debilidad y se apresuró a decir antes de que se hubiese borrado el efecto de sus palabras y antes de que el enemigo tuviese tiempo de prepararse:

—¿He de continuar, majestad?

Sin esperar la respuesta, el hábil primer ministro, que creía haber llevado la conversación al terreno que le convenía, desenrolló un pergamino que llevaba preparado al efecto y lo presentó a su majestad, diciendo:

—Si vuestra majestad quisiera firmar esto, se ahorraría muchos trastornos.

Cristián miró el papel con verdadero miedo y luego alzó los ojos hacia el doctor, como si de los labios de éste hubiera de brotar su salvación en aquel primer conflicto que se le presentaba.

Struensee le tranquilizó con una mirada y el rey preguntó entonces ya más seguro de sus palabras y como si realmente pusiera en éstas una intención:

—¿De qué se trata?

—No creo necesario molestar a su majestad leyéndole el contenido — dijo Guldberg quitando importancia a sus palabras—. ¿Permite su majestad dejarlo para más adelante? Por el momento, si su majestad tiene la bondad de firmarlo...

Y Guldberg, que no podía disimular lo interesado que estaba en aquella firma, ofreció una pluma al rey.

Pero en el mismo instante y cuando éste vacilaba sobre lo que debía de hacer, Struensee se inclinó imperceptiblemente y murmuró unas palabras a su oído.

Inmediatamente púsose serio el rostro de Cristián y contestó con firmeza a tiempo que rechazaba el documento y se ponía en pie:

—¡No lo firmo! Struensee, venid conmigo.

Guldberg se quedó mirando al rey como quien ve visiones y luego su mirada rencorosa se posó sobre aquel hombre, que lograba que fracasasen sus planes, por primera vez en su vida.

Debió notar aquella mirada el abólico Cristián, porque con una sonrisa maliciosa hizo la presentación:

—¡El consejero médico de su majestad!

Se inclinó cortésmente Guldberg y Struensee, mirándolo con fijeza, deletreó una a una estas palabras:

—¡Consejero médico!

Y siguió al rey dejando al primer ministro de una pieza.

Guldberg recogió el documento cuya firma intentara de manera tan infructuosa y siguió a los dos hombres murmurando entre dientes palabras ininteligibles.

Como había dicho Guldberg, el consejo estaba reunido en aquellos momentos y precisamente cuando el rey seguido de Struensee penetró en la sala, se comentaba por los consejeros la tardanza de Guldberg.

Cristián se dirigió rápidamente a un sillón que se veía en el centro de la mesa y se sentó en él con aire decidido.

Era allí donde se sentaba de ordinario la reina madre que era la que presidía los consejos dada la incapacidad manifiesta de su hijo... y su afán de mangoneo.

—Señor—se atrevió a decir uno de los consejeros—. Es la silla del presidente...

—¡Yo lo soy!—contestó el monarca con imperio.

Struensee, pegado siempre a sus

talones, se había colocado tras él, rígido y serio y miraba a uno y otro lado con curiosidad.

Contaba los enemigos y se disponía a la batalla. De su éxito parecía estar convencido, porque aquella sonrisa maliciosa que antes vimos en sus labios, aparecía ahora notablemente acentuada.

Las palabras del rey levantaron entre los consejeros un murmullo que más parecía un guirigay.

Cristián cogió de encima de la mesa un martillito de plata, colocado adrede frente a la presidencia y golpeó con él furiosamente sobre la mesa a tiempo que decía:

—¡Silencio, señores!... Comprendo vuestra sorpresa, pero es bueno que sepáis que en lo sucesivo me propongo tomar una parte más activa en mis asuntos...

En aquel momento llegaba la reina madre a quien un consejero oficioso fuera a llamar precipitadamente.

La reina tomó asiento junto a su hijo y dirigió una mirada escrutadora a aquella figura extraña que veía tras su sillón.

Cristián recogió al vuelo la mirada y dirigiéndose más particularmente a su madre, continuó:

—¡De hoy en adelante, gobierno yo!

Y volviéndose hacia su médico y presentándosele a la reina, añadió:

—Mi nuevo médico. Acabo de tomarlo.

—¡Me parece excelente idea!— contestó Juliana mordiendo los labios para no dar salida a sus verdaderas impresiones.

Reinó un momento de silencio, durante el cual unos y otros parecieron tomar posiciones para la lucha y Guldberg, que fué el primero en recobrar la tranquilidad, empezó a hablar:

—Discutamos la epidemia de viruela en Copenhague, majestad...

Cristián VII hacía poderosos esfuerzos para no perder una sola de aquellas palabras y tratar de adivinar su significado, revolviéndose algo nervioso en su sillón presidencial.

—... y examinábamos si debíamos trasladar la corte al castillo de Friedrichsborg por una temporada. ¿Puedo pedir humildemente vuestro consejo?

Guldberg, con una sonrisa de triunfo en sus labios delgados, aguardaba la respuesta, que no podía ser más que afirmativa, porque

creía que el temor a la viruela sería más poderoso en el ánimo del rey que sus deseos de resistencia.

—Sí, claro—murmuró el soberano, sin saber qué contestar—. Naturalmente...

La reina y su primer ministro cambiaron una mirada de triunfo.

Pero en aquel momento, Struensee se inclinó hacia su soberano y murmuró rápidamente unas palabras a su oído.

El efecto fué inmediato.

—Después de pensarlo bien— continuó el rey, ante el asombro creciente de todos los consejeros, que se preguntaban si realmente se había vuelto loco de una vez—, he decidido que la corte continúe aquí. Es más importante conservar el prestigio de la corte... que conservar la salud de los cortesanos—terminó el rey con más entereza de la que de él podía esperarse.

Aquellas palabras cayeron como una bomba desencadenando una verdadera tempestad de comentarios.

El escándalo subió de punto, y de lo que menos se acordaban aquellos hombres era de la presencia de su majestad.

Pero el rey golpeando furiosa-

mente con el martillo sobre la mesa acabó por imponer silencio.

—¡No he terminado, señores!— gritó Cristián, repitiendo una a una las palabras que le iba dictando su consejero médico—. El castillo de Friedrichsborg será convertido en lazareto para los niños pobres.

La tempestad se reprodujo más violenta todavía.

Los consejeros, sin respeto alguno hacia su presidente, se permitían discutir y censurar en voz alta y no era la más remisa en las censuras su majestad la reina madre, que miraba a su hijo y a Struenace con ojos de basilisco.

—¡Imposible!—se atrevió a vociferar Guldberg—. ¡Una de las más valiosas joyas arquitectónicas del país!

Y la reina madre, olvidada toda continencia se dirigió violenta a su hijo:

—¿Qué os ha pasado? ¿Creéis que voy a permitir...?

Pero las palabras se ahogaron en su garganta y se quedó con los ojos desencajados, al ver que su hijo, sin respeto alguno para sus canas, la

atajaba en seco, como si se tratase del último de sus súbditos:

—¡Silencio! ¡Quien manda aquí soy yo, y nadie más que yo! ¡Ya ha mandado bastante vuestra majestad y ahora me toca a mí el turno! ¡Que se redacte inmediatamente el decreto y traedlo a mi firma!

Y poniéndose en pie y dando por terminada la reunión salió de la sala seguido de Struenace, que hizo a los consejeros una burlona reverencia.

Al hallarse solos, Cristián preguntó brillando en todo su rostro la satisfacción de que estaba poseído:

—Demostre ser un rey, ¿no?

—Sí, majestad, como debía de ser—contestó el doctor inclinándose.

—¡Pues aun so he terminado!— afirmó Cristián VII, volviéndose en son de reto hacia la sala del consejo,

El no sabía en realidad lo que había hecho, ni por qué lo había hecho, ni se le alcanzaba la importancia de sus decisiones, pero lo cierto es que estaba como un chiquillo con zapatos nuevos.

UNA VOZ DE HOMBRE

Por primera vez desde su llegada al palacio estaba Frederic Struensee realmente preocupado.

Hasta entonces había estado luchando con hombres, y a éstos no le faltaba valor para arrostrarlos.

Cierto que en el seno del consejo estaba Juliana, la reina madre, pero... ¿había mucha feminidad en aquel vejatorio?

Si no era un hombre, tenía muchos puntos de contacto con el sexo masculino.

El problema que ahora se le presentaba era mucho más difícil.

Necesitaba enfrentarse con una mujer, y con una mujer exquisita, o él sabía muy poco de mujeres: Carolina Matilde, la reina consorte, la esposa de Cristián VII.

Si quería llevar adelante su plan, si quería que el rey llegase a ser alguien en su reino, si quería que el pueblo dinamarqués, esclavo hasta entonces de una camarilla de intrigantes, recobrase su libertad y se sintiese gobernado con justicia, era imprescindible captarse el apoyo, o por lo menos la condescendencia de aquella princesa inglesa.

Si lograba congraciarse con su esposo, borrando aquella primera impresión lamentable que le causarían las condiciones morales del que la dieran por esposo, casi sin consultarla, si conseguía que ella supliera con su talento y sus condiciones morales, la imbecilidad de Cristián VII, los actos que éste realizara aconsejado por él, estarían respaldados por la responsabilidad de la reina.

Pero, y éste era otro de los puntos difíciles de su mensaje, ¿reuniría Carolina Matilde las condiciones necesarias para desempeñar el alto papel que le estaba encomendado en la historia de aquel reinado?

Nunca pareciera tan sombrío el rostro de Struensee como al dirigirse aquella mañana a las habitaciones reservadas de su majestad la reina.

En la antesala encontró a una de las damas de honor de la reina, a la que rogó que le anunciara a la soberana.

Sin conseguir dominar del todo

su excitación nerviosa, aguardó la respuesta Struensee.

—Su majestad la reina—un minuto después le anunciaba la emisaria—, viene no poder recibirle.

—Pero—contestó Struensee vacilante—, ¿no podría saber el por qué de esa decisión, señorita?

—Su majestad no creyó oportuno decir por qué—se limitó a contestar la dama.

—Vengo de orden del rey—institió el doctor.

—Quizá sea por eso mismo —contestó la dama con una sonrisa maliciosa.

Mal principio. Struensee se retiró cabizbajo y rumiando en su interior qué solución habría de darle a aquel asunto, de cuya buena conducta dependía hasta su continuación en Copenhague.

Marchaba meditabundo por uno de los pasillos de palacio, cuando vió venir hacia él en sentido contrario, un hermoso danés, el perro favorito de su majestad la reina.

Struensee miró rápidamente a un lado y a otro del pasillo.

No se veía nadie.

Ya más tranquilo con esta comprobación, llamó al perro y le acarició cariñosamente.

El animal, a quien sin duda no prestaran hasta entonces mucha atención los palaciegos, no hizo gran resistencia a seguirle y Struensee, rodoblando sus halagos logró llevarle hasta sus habitaciones, no muy lejos de allí, en la parte alta del palacio.

Nadie le había seguido, ni nadie le viera entrar con aquel nuevo compañero. Cuando cerró la puerta tras sí, el rostro del médico se distendió y cuadrándose ante el bello animal y haciéndole una reverencia murmuró:

—Gracias, amigo... No puedes imaginarte el favor tan grande que acabas de prestarme... y acabas de prestar a la causa justa y noble de las libertades de Dinamarca... Llevas camino de ser un perro histórico. ¡Palabra de honor!

Y satisfecho de su labor, Struensee salió de su alcoba y se perdió por los vericuetos de palacio, con la misma tranquilidad que si estuviese en su casa.

Sus múltiples ocupaciones, sus complicaciones espirituales, sus quebraderos de cabeza, no le impedían al doctor Struensee dedicar de vez en cuando unos minutos a uno

a de los deleites de su vida: la mu-
jer.

De tipo elegante, de rostro atrac-
tivo, de conversación agradable y
amena, no ha de parecer extraño,
que a los pocos días de su estancia
en el palacio real de Copenhague,
ya contase Struensee con grandes
simpatías en el bello sexo y aun con
admiradoras, dispuestas a estudiar
más de cerca aquel raro ejemplar
de la especie humana.

¿No influiría algo en estas ad-
miraciones la posición elevada que
se iba labrando en la corte?

Tenía Carolina Matilde de Ingla-
terra un plantel de damas, capaces
de hacer tambalearse la cabeza de
hombres más firmes en lides de
amor que el enamorado médico
de Hamburgo.

Y fué una de éstas, la que aque-
lla hermosa mañana de sol, hubo de
extraer como con red a nuestro buen
doctor en los jardines de palacio.

Trenzada la plática, no tardó la
joven en sorprenderse de las raras
habilidades del doctor en aquella
materia, y, sorprendida, exclamó
dejándose caer en uno de los bancos
del jardín e invitando a su acom-
pañante a que lo hiciera a su la-
do.

—Doctor. Parece que sabéis mu-
cho respecto a las mujeres.

—En mi profesión es necesario
eso... como otras muchas cosas —
contestó sonriente Struensee.

—¿Sabéis también latín?

—¡Desde luego!

—¿Y geografía?

—¡Soy un mapa viviente, amiga-
mía!

—¿Conocéis por ventura la geo-
grafía de palacio?

—Creo que ya soy algo más que
un alumno elemental.

—¿De veras? — rió coquetucla
la dama—. Permitidme examina-
ros. ¿Dónde está la Torre del Fete?

—Hacia el Este—contestó él co-
mo lo hubiera hecho Perogrullo,
pero con una sonrisa que le hubiera
envidiado seguramente el metafóri-
co personaje.

—¿Y el tercer piso?—continuó
la dama estrechando el cerco.

—Después del segundo—declaró
prestamente el doctor, a quien em-
pezaba a divertir aquel interrogato-
rio.

—¿Y daríais con él?

—Podría hallarlo en un plano.

—¿Creéis poder hallarlo en la
realidad?—murmuró la dama, per-
dido todo recato y aproximando de

modo alarmante su rostro hacia el doctor.

—Depende de la hora del día... o de la noche — contestó éste que empezaba a sentirse nervioso.

—Esta noche a las once en punto... ¿qué decís? — insistió aquel diablillo apretando el cerco.

Ya iba Struensee a contestar, cuando percibió a sus espaldas un rumor de pasos. Volvió la cabeza y vió que el que se acercaba hacia ellos era nada menos que el conde de Guldberg, el primer ministro de Juliana.

—¡Claro que no! — contestó en voz alta para que le oyera perfectamente el intruso y continuó en el mismo tono: Abrid la boca. Tenéis una garganta muy delicada... Peligrosísima. Os aconsejo cuidar la mucha.

La dama le miraba atónita, sin saber a qué venía aquel disimulo, pues ella no se había dado cuenta de la presencia de otro testigo de su escarceo.

Struensee, que había visto detenerse a cierta distancia a Guldberg, continuó bajando un poco la voz:

—Convendría que vierais a un médico en la Torre del Este... digamos a las once...

Un minuto después, habiéndose despedido de su amiguita que se alejaba en la fronda, Struensee se acercaba al conde con la sonrisa en los labios.

—Vais a tener una paciente muy importante — le dijo el ministro a guisa de saludo.

—¿Crecís? — murmuró el doctor mirando a la damita que se perdía entre los arriates.

—¡Oh, no esa dama! — exclamó Guldberg con un tono de voz extraña. Me refiero a su majestad la reina.

—¿Está enferma? — preguntó Struensee con interés no fingido.

—Tanto como enferma, no. Pero sí muy excitada. Ha perdido su perro.

—¡Ah! — se limitó a contestar Struensee clavando sus ojos en el primer ministro.

¿Conocería su secreto? ¿Serían intencionadas sus palabras?

De esto último podía aún dudar el médico, en cuanto a lo otro no tardó en convencerse de lo contrario.

Guldberg se limitaba a dedicar sus sarcasmos a las preferencias de la reina por los animales.

—Es lástima que esa muchacha



Hízose el silencio y empezó la presentación...



...y ante el estu-
por de la reina, que mi-
rabla desconcertada a
Struensee...



Cristián VII abandonó su trono y corrió tras aquella doncella...



—(Hurra! ¡Viva!)



—Aplaudo vuestra excentricidad, querida conde.



—...estaría dispuesto a apostar mi reloj.



—Conde Struensee, ¿estaría dispuesto a aceptar un consejo? No menospreciéis a la reina madre...



—...podéis retiraros... Estoy cansada... Buenas noches...



Empujó suavemente la puerta y pudo ver a Struensee...



...la huella de su zapato quedó impresa en la alfombra.



—Suponte que yo te dijera que ese zapato es el de Carolina...



...irumpió en el salón un ramillete de mujeres, que, después de bailar...



—¡Frédéric!... ¡Llévame de aquí!



—Es una orden de arresto por traición.



—...y cuando si me diga... que la reina está a salvo, camino de Inglaterra, firmaré...



—¡Por favor, Frederic, cóllate!... No nos queda mucho tiempo...

haya venido de Inglaterra a dedicar sus preferencias a los animales—murmuró el cortesano con intención dañina.

Struensee respiró. Aquel hombre no sabía nada, y la hora de su victoria se acercaba.

Cinco minutos después Carolina Matilde se paseaba nerviosa por sus habitaciones y en sus ojos pugnantaban por hacer acto de presencia unas lagrimillas rebeldes.

—¡Dios mío! ¡Hubría que hacer algo!—exclamó dirigiéndose a su dama de servicio que la miraba sconejada.

—Le están buscando por todas partes, majestad.

—Sí, siempre me decís lo mismo, pero no lo encuentran...

En aquel momento entró precipitadamente una de las damas, con una sonrisa de triunfo en su lindo rostro.

—¡Majestad! ¡Majestad! —gritó alborozada—. ¡Lo han hallado!

—¡Oh, gracias a Dios! —exclamó la reina.

En otras circunstancias no habría dejado de comentar amargamente, hablando consigo misma, el que todas sus afecciones estuviesen reunidas en un perro, pero la alegría no

dejaba un paso muy franco al raciocinio en aquellos momentos.

—¿Dónde está? —preguntó palmeando alegremente, como lo que era, como una niña.

Pero algo se adelantó a la respuesta.

Acababa de entrar en la estancia regia el doctor Struensee llevando al perro favorito sujeto por el collar.

Carolina, que había tendido ambas manos hacia su perro, quedóse un momento suspensa al ver ante ella a un desconocido.

—Caballero—murmuró bajando a su pesar un punto la vista.

—Me llamo Struensee, Majestad —dijo el doctor inclinándose—. Soy el médico de su majestad.

Levantó Carolina la cabeza y el doctor pudo admirarla a su sabor.

Carolina Matilde, tal fué su primera impresión, era una muñequita deliciosa.

No tendría más allá de los veinte años y era alta, esbelta, grácil, con la plenitud de la mujer en sus formas y la inocencia de la niña en su rostro, de líneas delicadas, frente espaciosa, nariz recta y fina y unos ojos grandes, inmensos, rasgados,

azules, en los que se leía el ansia de vivir, de saber, de amar.

¡Y era aquella mujer la esposa de Cristián VIII!

Frederic Struensee comprendió en un segundo las amarguras, las penas, los dolores íntimos, los desgarros profundos del alma de aquella mujer al saberse unida para toda su vida a un hombre, que ni aun casi la figura tenía de tal.

¡Pobre reina... y sobre todo, pobre mujer!

Y sintió que sus ojos se humedecían y que allá dentro, en lo más hondo de su pecho brotaba un calor extraño, que—¡cosa rara en el herético Struensee!—hacía aparecer el rubor en sus mejillas.

—¡Ya he oído hablar de usted!—dijeron como un susurro los labios de Carolina, mientras se notaba un fruncimiento leve de sus cejas, al oír nombrar aunque indirectamente a su marido.

—Intenté una audiencia de vuestra majestad—murmuró Struensee, haciendo un esfuerzo poderoso para serenarse.

—La rehusó—contestó aún muy seria la reina.

—Por eso—continuó Struensee ya más dueño de sí, pero con un li-

gero temblor en la voz—, esperé a ser presentado por un amigo vuestro... vuestro amigo mejor. Quizá el único amigo que tenéis... hasta ahora...

Carolina fijó en él sorprendida su mirada sterciopelada.

—Sois muy observador, doctor.

Se inclinó Struensee sin responder y esperó a que a una seña imperiosa de su ama se retirasen las damas.

Ya a solas, preguntó Carolina, con visible repugnancia:

—¿Os envió su majestad el rey?

—Sí—contestó Struensee costándole la respuesta un visible esfuerzo—. Sugerido por mí.

Y al ver que Carolina guardaba silencio, limitándose a observarle atentamente, aunque sin desaparecer aún el recelo de sus ojos, continuó:

—Majestad. Yo también soy un extranjero en Dinamarca.

Brilló un fuego extraño en los ojos de la reina que se apresuró a contestar:

—¿Qué queréis de mí, caballero?

Struensee comprendió que había llegado el momento decisivo y acer-

cándose un paso a la reina preguntó suplicante:

—¿Puedo ser impertinente, majestad?

Se intensificó el brillo en los ojos de la reina, pero no contestó.

—Quiero que terminéis vuestra disputa con el rey—dijo Struensee con energía, como si en aquellos momentos se hubiesen trocado las jerarquías.

—¿Tenéis algo más que decir?—contestó Carolina con un arranque de altivez y centelleando sus hermosos ojos ante tanto atrevimiento.

Struensee avanzó unos pasos y colocándose junto a la reina y señalando hacia uno de los amplios ventanales, desde donde se divisaba a los pies del palacio toda Copenhague bajo un cielo intensamente azul, dijo con voz grave y melódica:

—¿Queréis mirar afuera un momento conmigo, majestad?

Obedeció la reina como subyugada y Struensee continuó hablándole casi al oído con su voz persuasiva que removía allá en el corazón de la reina las fibras tanto tiempo dormidas:

—¡Ante esta inmensa grandeza,

hasta una reina aparece pequeña... y una disputa más pequeña aun!... Tenéis ante vos toda una vida... una vida de vacía majestad...

—¡Vueña majestad!—suspiró apenas la reina como sobrecogida por la grandeza del instante—. ¡Eso suena a traición!

—Señora—continuó Struensee viviendo en sus frases una emoción profunda—. Siempre me enseñaron que la realeza se justifica a sí misma. El mundo cambia, majestad... La gente ya no acepta tanto. El pueblo empieza a pensar por su cuenta y a hacer deducciones... y la corona sólo, no convierte a una bella mujer en una gran reina.

Carolina había inclinado un momento la cabeza. Se sentía subyugada por las palabras de aquel desconocido. Por primera vez en su vida, un hombre le hablaba como HOMBRE, no en el lenguaje torpemente adulator de los cortesanos e interesado de los palaciegos.

Meditó unos segundos, tendió su mirada por la grandeza del azul del cielo y hacia el hormigameo allá en las calles de la vetusta ciudad y se limitó a contestar, como entregándose en manos de quien tan bien parecía conocer el corazón humano:

—¿Qué queréis que haga?

—¡Trabajar!—contestó Struensee con firmeza—. ¡Reinar! ¿Tenéis valor?

Carolina afirmó con un gesto categórico. La sangre de cien reyes se agolpó en aquel momento a sus mejillas.

—Entonces — afirmó Struensee respirando con fuerza por primera vez después de aquellos minutos de angustia—, quizá podríais ayudar a crear otra Inglaterra aquí.

—Primero habría que crear otro rey—dijo amargamente la reina.

—O cambiar al que ya tenemos —aventuró el doctor.

—¿Cambiar a Cristián? ¡Imposible!

—No hay nada imposible para una reina, majestad. ¡Intentadlo! Y quizá el milagro se haga. Sí... puede hacerse.

Se miraron un momento cara a

cara y había un fuego tal en las miradas de Struensee, que tras un momento de lucha, Carolina inclinó la cabeza subyugada y estrechó entre las suyas las manos de aquel hombre prodigioso.

—¿Qué es una mezuquina disputa comparada con esto? — prosiguió Struensee ya dueño de la situación por completo y más conmovido de lo que él mismo creyera—. ¿Queréis intentarlo? ¿Queréis empezar, majestad?

Estremeciéndose el cuerpo todo de la reina y alzó su rostro arrebolado hasta casi juntarlo al de aquel hombre que por primera vez en la vida le descubría que tenía corazón...

Struensee la atrajo un momento hacia sí y dijo con voz temblorosa, cálida, en la que vibraba todo su corazón estremecido:

—¡Sois una niña... pero seréis una gran reina!

Y EMPEZO EL MILAGRO

Los que sabían del estado de las relaciones íntimas de los nuevos soberanos no salían de su asombro ante el cambio operado en pocos días.

Carolina Matilde había depuesto su actitud altiva y trataba hasta cariñosamente a Cristián VII.

Ya no era raro verlos juntos en ceremonia de Corte y pasear por

los jardines de palacio en las tardes de sol...

En cuanto al papel Struensee iba en alza por segundos, y ya tenía hasta su corte de aduladores, a los que él, por otra parte, maldito el caso que hacía.

Precisamente aquel día había ceremonia solemne en la Corte de Dinamarca, con la presentación a sus majestades de las nuevas damas de la reina.

Resplandecía la Corte dinamarquesa y el salón del trono era un ascuá de oro.

A la hora señalada para la ceremonia, y al son de pífanos y timbales, mientras repicaban en el suelo las alabardas de los guardias reales, Cristián VII, llevando de la diestra a su esposa Carolina Matilde, atravesó el salón entre una doble fila de espinazos encorvados hasta llegar a los amplios sillones del trono, en el que los consortes tomaron asiento al lado de Juliana, la reina madre, que miraba todo aquello con ojos atónitos.

Hízose el silencio y empezó la presentación:

—La condesa de Moltke presenta a la doncella Mosting...

Cristián VII, que jamás como

rey reinante había asistido a una ceremonia semejante, no tenía ojos para mirar a aquellas preciosas muchachas, que era a él a quien dirigían sus miradas más incendiarias tal vez para congraciarse con el que en realidad, de verdad podía decidir de sus destinos.

—La condesa de Juel presenta a la doncella Sperling...

Continuaba la presentación y Cristián VII, cada vez se mostraba más intranquilo y más desasosgado, porque realmente aquella doncella Sperling era tentadora y sabía mirar de una manera tan provocativa...

Y sucedió lo inevitable.

Aquella nueva doncella había despertado bajo la corona real la bestia que latía en aquel nuevo monarca del reino dinamarqués, y ante el estupor de la reina, que miraba desconsolada a Struensee—su único apoyo en momentos tan trágicos—y con el regocijo íntimo de Juliana, que veía un medio de derrocar el poder que día a día iba adquiriendo su nuera sobre aquel pelele que era su hijo y que ella creyera poder dominar a su antojo, y ante la rabia sorda del doctor, que veía derrumbarse toda su pa-

ciente obra de días y más días de angustia, Cristián VII, olvidándose del "divino" papel que estaba representando y de sus deberes de rey y de jefe de la nación entera, abandonó su trono y corrió como un desatentado, como lo que era en realidad, tras aquella doncella que al ser presentada le ofreciera el guiño pícaro de sus labios rojos; y ante la sorpresa de sus cortesanos atónitos llegó a donde estaba ella en un rincón del salón de ceremonias y la dijo:

—Eres la criatura más hermosa que he conocido...

Ni que decir tiene que la ceremonia tan "angustamente" empezada acabó como el ya clásico rosario de la Aurora...

Carolina, al reunirse con el doctor, cuando éste, supliendo al marido, la acompañó hasta sus habitaciones, murmuró desconsolada:

—¡Bien veis que es imposible, Frederic!... ¡Eso — se refería a su marido — no tiene comida!...

Struensee no contestó, pero había algo en su mirada que hizo aparecer una sonrisa en los labios expresivos de la reina.

.....

Cuando Struensee volvió aquel día a sus habitaciones, se encontró

con su sastre, el sastre del rey, que iba a probarle los trajes nuevos de Corte.

—Este traje, señor...—empezó el artifice de las lanas dulces...

—¿Qué pasa?—preguntó indiferente Struensee.

—¡Que todos son los mismo, señor!

—Bueno... ¿y qué?—preguntó el doctor pasando revista a una serie de maniqués en los que se veían hasta una docena de trajes, todos negros, todos sencillos, todos uniformes.

—Es que... ¡son exactamente iguales, señor!—exclamó el artista compungido.

—Esa era la intención—contestó tranquilamente Struensee.

Y ya se disponía a explicar cuál era su idea sobre la etiqueta palatina y su modo especial de entenderla, cuando hasta sus oídos llegó el rumor de algo que no era ciertamente balagüño y que llegaba a sus oídos desde el exterior de palacio.

En mangas de camisa, como le sorprendiera el tumulto en el momento en que se disponía a probarse un traje, se asomó a una de las ventanas de su aposento.

Allá abajo, en las calles que cir-

cundaban el palacio, se notaba un ir y venir de multitudes en una actitud que nada tenía de respetuosa.

Se oían gritos, amenazas y maldiciones y algo, sobre todo aquello, distinguiéndose, sobresaliendo de todo aquello, llamó poderosamente su atención.

Allá abajo, entre las turbas vocingleras, vió algo que arrancó un grito de cólera a sus labios.

Las turbas habían acometido con intenciones no muy sanas, a una carroza en cuyo interior podían verse dos damas ¡y una de aquellas dos damas era la reina!

Reprimió apenas una maldición y corriendo hacia la puerta, ante el estupor de los que le rodeaban, el doctor salió como un huracán, bajó las escaleras de cuatro en cuatro escalones y un momento después hendía la multitud a golpes, a codazos, a empujones, hasta abrirse paso a viva fuerza, no sin detrimento de su indumentaria y de su físico, y llegar a encaramarse en el techo de la carroza en que la imprudente Carolina quería haber huido por unos minutos al suplicio de la vida entre cortesanos, que era para ella lo mismo que vivir entre rejas.

La multitud rugía en torno suyo como un mar embravecido.

Al ver a aquel hombre medio desnudo que manoteaba en lo alto de la carroza, hasta los más audaces se detuvieron indecisos.

—¡Silencio! ¡Silencio! ¡Escuchad! ¡Escuchadme!—gritó Struensee a pleno pulmón en cuanto llegó a encaramarse en aquella plataforma.

Como por encanto—¡es tan fácilmente sugestionable la muchedumbre de hambrientos!—se acallaron las voces y, los más osados, los que ya estaban a punto de degajarretar los caballos y prender fuego a la carroza, impusieron ellos mismos silencio a los demás, mirando estupefactos a aquel hombre, que en mangas de camisa trataba de imponerse a un pueblo sublevado.

—¡Los impuestos os esquilman! ¿verdad?—gritó Struensee con voz de trueno, que restalló como un trallazo sobre aquel mar embravecido.

—¡Fuera! ¡Fuera...!—gritaron algunos iconoclastas.

—¡Me despreciáis porque soy uno de ellos!... ¡Un noble!... ¡Un esclavo, como vosotros, decid!—siguió el doctor imponiéndose a las circunstancias.—¡Pues yo os desprecio a vosotros!... ¡Os desprecio porque lo habéis tolerado tanto tiempo!... ¡Cobardes!...

Un rugido siguió a estas palabras que eran un reto inconcebible.

Pero aquella misma osadía hizo las veces de un revulsivo y las bocas abiertas para una imprecación continuaron abiertas por el asombro de lo inaudito.

—¿Sois hombres, o bestias de carga?—continuó la voz implacable del atrevido—. ¿Sois hombres, o bestias de carga—repitió aleotado por el éxito de sus primeras palabras—que os vais a la cama con hambre?... ¿Creéis que yo lo habría aguantado?...

—¡Muera!... ¡Muera!...—gritaron inconscientemente aquellos infelices, que eran más hambrientos que criminales.

—Sí... ahora os sentís muy valientes... con dos mujeres indefensas... ¡Sed hombres, no esclavos!...—gritó Struensee con voz que cada segundo se hacía más potente y más amenazadora.

—¡Tiene razón!...—gritó, ese que siempre surge como más audaz en los motines populares.

—¡Seguidme a palacio!—argumentó Struensee ya dueño de la situación—. Pero, no... deteneos... Llegáis tarde, amigos míos... llegáis tarde. ¡Vais a pedir algo que ya está concedido!

La multitud, olvidando ya sus instintos sanguinarios, le oía ahora como a un oráculo.

Struensee miró hacia el cielo y una clara sonrisa de triunfo iluminó su rostro sureolado por la emoción.

Y cada vez más seguro de sí mismo, continuó:

—El impuesto sobre la sal, queda suprimido...

—¡Hurra! ¡Viva!...—aullaron por todas partes.

—El impuesto sobre la carne va a serlo... ¡Esta mañana el rey confirmó su decisión! Sí, amigos míos, podéis sorprenderos...

En efecto, se oían rumores encontrados entre aquella marca humana.

—¡No lo increéis!... ¡Vuestro rey es más leal con vosotros, que vosotros con él!

Pero salió la voz protestativa de siempre en todos los movimientos populares; la voz del que se cree "leader" y trata de obtener su propio provecho.

Y aquella voz se dirigió al más cercano, al que tal vez tenía los oídos más abiertos, o deseaba tenerlos por algún fin particular, como ocurre de ordinario.

—¿Vaís a creer eso? —dijo aquella voz irónica y agresiva.

Y añadió otro "sub-leader":

—¡No lo creas!... ¡Sigue pagando impuestos si quieres, imbécil!...

Hubo otro conato de asalto a la carroza, pero a todo se impuso Struensee, y su voz no tardó en ser la que dominaba todas las otras voces:

—¡Idos a casa y dad gracias por tener un rey que mira por vosotros más que vosotros mismos!...

Y triunfó, como siempre, el más osado, y aquella multitud, que momentos antes era capaz de todos los desmanes y todas las atrocidades, rendida al influjo del más hábil y el más audaz, se retiró a sus casas, trocando sus iras de segundos antes en aclamaciones que ahora parecían salir del fondo de su alma.

—¡Dios salve al rey!...—gritaban los tigres de antes, ahora mansos corderos.

Struensee cruzado de brazos en lo alto de la carroza regia, dejó vagar por sus labios una sonrisa indefinible al ver a aquella multitud a la que había llegado a dominar hablándola al corazón.... como debían hacerlo siempre los reyes... o los que pretenden serlo....

.....
Struensee había paladeado las mieles del triunfo... Era la flor de la popularidad la que aspiraba, pero no hay flores sin espinas, y el doctor salió de aquella refriega con varios arañazos y contusiones...

Y minutos después, la misma reina, la misma Carolina Matilde vendaba sus heridas en su camerino real, con la solicitud de una enfermera, que era a la vez enfermera y mujer...

—¿Y cuando averigüen que vuestras promesas eran falsas?—murmuró la reina aplicando delicadamente una venda sobre la herida más profunda.

—Aun no lo he pensado, señora—sonrió Struensee mirándose a pesar suyo en los ojos de aquella mujer, toda corazón.

—¿No puede hacerse algo para acabar con esto?—preguntó más el corazón que la boca de la reina.

—¡Puede hacerse todo!—contestó el doctor brillando en sus ojos la alegría—¡Ahora sí lo sé...! ¡Y es mi reina la que me lo ha inspirado!...

Y había en sus ojos al mirar a Carolina, algo que hizo a ésta inclinar la cabeza con una confusión

que era uno más de sus encantos.

—Hay que inculcar en esas gentes la idea de que son seres humanos y no animales... ¡Me ayudaréis!

—¡Oh, con toda mi alma...!—y había luz de promesas y de renunciaciones en los ojos de aquella niña que empezó a jugar a las reinas y ahora se encontraba jugando a las mujeres...

—Hay que vestirles y alimentarles... Y considerar su trabajo algo mejor que el de las bestias de carga... ¡Sólo entonces y no antes, cesarán de comportarse como ellas!...

Carolina miraba a aquel hombre entre admirativa y seducida. Struensee iba apareciendo ante ella con nuevos matices...

¡Aquél sí que era un hombre... el hombre que ella hubiese querido amar sobre todas las cosas!...

Y acaso ¿no le amaba ya?...

Esto era lo que preguntaba aquella reina... que antes que reina y aun que princesa, la hiciera Dios mujer... como a aquella Eva, compendio de todas las hermosuras creadas, que fué a engalanar de sonrisas el Paraíso... en la mañana del séptimo día... que debió ser el principio de las primaveras humanas...

—Deben guiarse por su propio

cultivado espíritu... Deben aprender que el mundo—segua diciendo la voz acariciadora del doctor—sólo halla su salvación en el propio respeto...

Carolina intentó detenerle en su apología de la popularidad.

—Según Guldberg, eso es peligroso—se atrevió a aventurar.

—¿No os dije que el mundo cambia, reina mía?—contestó Struensee disimulando una mueca de dolor ante el cauterio de una herida con una sonrisa que hizo estremecerse a la pobre niña-reina—. Mas yo solo no puedo hacerlo...

Y el acento de Struensee al decir estas palabras, al articular este lamento de su alma misericordiosa era como el latido sangrante de una de aquellas heridas que sangraban su piel.

—¿Qué podríais hacer con aliados?—preguntó Carolina temblando todo su cuerpo al impulso de una emoción desconocida hasta entonces—. ¿Conmigo como aliada?

—¡Podría cambiar la faz de Dinamarca!—exclamó entusiasmado Struensee, clavando sus ojos en los de Carolina hasta hacerla daño... ese daño que en amor es padre de la sonrisa...

Y olvidados de todo y de todos, aquellos dos seres se lo dijeron todo, TODO en una sonrisa, en una mirada, en un apretón de manos que hubiera hecho murmurar a la Corte del cristianísimo rey Cristián VII de Dinamarca y Noruega...

¿Amor?

Unión íntima de dos almas, que en espíritu habían juntado ya los labios de sus sentimientos nobles y del chasquido de este beso iba a salir la pasión y muerte de unas ilusiones que nacían teñidas en sangre...

Y aquel mismo día, cuando el sol en el apogeo de su carrera diaria dejaba caer sus rayos como una caricia sobre los monesterosos, los heraldos de la corte del rey Cristián esparcían las buenas nuevas a los cuatro vientos desde los sitios más salientes de la urbe pocos minutos antes revolucionaria...

Con la ayuda del ángel, el salvador había conseguido que se realizase el milagro.

—En nombre de su majestad Cristián VII de Dinamarca, queda abolido el impuesto sobre la carne.

—Por real decreto queda abolido el impuesto sobre el trigo y la sal...

—Desde esta fecha se establece un impuesto sobre todos los castillos, propiedades y fincas privadas, hasta ahora libres de impuestos... Dado en Copenhague el día octogésimo tercero del año mil setecientos setenta y uno... Firmado: Cristián de Dinamarca.

Estos pregones llegaron a oídos de los cortesanos y en un grupo de éstos, en el que estaban la reina madre Juliana, Guldberg y otros de los antiguos paniaguados, se oyó esta voz:

—¡Sí, que viva el rey muchos años!

—¡Y que siga firmando decretos!...—dijo otra musiquilla burlesca.

—¡Que viva el rey... como si él hubiera firmado algo!...—murmuró sarcásticamente Juliana—. ¡Qué ha de firmar él, si nunca sabe lo que se pesca!

Pero había ido demasiado lejos en sus críticas, porque Carolina Matilde, que había oído estas palabras, se creyó en el caso de intervenir agriamente:

—¡Habláis de mi marido, señora!

—¡Aceptad mi pésame!...—contestó la irascible anciana, mirando

a su nuera con desdén—. ¡También hijo mío!...

Era aquella la primera manifestación del odio encubierto y ahora declarado de la Corte... no de la Corte, no, de algunos cortesanos, los más influyentes sin duda, contra el doctor Struensee, aquel hombre desconocido que en poco tiempo se había captado la voluntad de los reyes.

La semilla dejada caer al desguise no dejaría de producir sus frutos, de no acudir en remedio de la intriga...

Era lo que iba pensando Carolina aquella noche cuando se retiraba a sus habitaciones...

Y de sus labios que no necesitaban carmín para ser rojos como la sangre, iban saliendo en una sarta las palabras de condenación para los envidiosos.

Fué aquella noche, cuando al quedarse a solas con sus pensamientos, volvió a preguntarse Carolina y con miedo de darse la respuesta esta vez:

—¿Estaré enamorada de ese hombre?...

LA ARGUCIA

Desde que Carolina Matilde había pasado, gracias a la intervención de Struensee, del papel de consorte, al de reina efectiva, sus habitaciones eran el centro de reunión de la buena sociedad palaciega.

Y aquella noche, mientras su majestad posaba para un artista notable que había solicitado el honor de perpetuar en el lienzo la silueta de la reina, se hallaban reunidos a su alrededor todos los cortesanos... e inútil decir que todas las cortesanas, presididos unos y otras

por la reina madre, que tal vez con miras egoístas, quería a todo trance conservar la amistad y el aprecio de la que en aquellos momentos era el árbitro de los destinos de toda ella.

La conversación, como no podía por menos de suceder, no tardó en girar en torno a la persona de Struensee, que en aquellos momentos no se encontraba presente, razón que aprovecharon algunos para zaherirle de manera descubierta.

Y de una manera incidental, Ju-

liana y Carolina tuvieron un altercado sobre el doctor, discusión que fué cortada por el conde de Guldberg, que dijo despectivo:

—Con perdón de sus majestades, creo que sus majestades hablan más bien de cierto doctorcillo de Hamburgo... Ese hombre es peligroso... Un audaz intrigante y nada tonto...

—Tiene la picardía del arroyo—escupió materialmente la reina madre, que no podía perdonar ciertas humillaciones—o a ella se lo parecieron — sufridas en aquellos días.

—¿Es capaz de traicionar a su mejor amigo! — insinuó Guldberg con una sonrisa de lagarto.

—¡Exacto!—afirmó Juliana.

—Creo que su majestad sugiere —dijo Carolina sin moverse demasiado para no derivar el ingenio del artista — que desapruéba al doctor Struensee.

—Parece que adivináis mi pensamiento y tal vez algún día...—contestó la reina madre con una sonrisa diabólica.

—No tengo vuestra experiencia, señora—contestó suavemente Carolina—. Tendrían que pasar cuarenta años por lo menos...

—Ya sé que soy vieja—comentó despechada el vejastorio.

—... pero mientras tanto—continuó Carolina sin aparentar advertirlo—tengo un primitivo instinto que me aconseja...

—¿Y qué os aconseja?... permitidme la pregunta, majestad—intervino Guldberg.

Carolina, satisfecha de que la respuesta fuera a herir directamente a un extraño, contestó recalcando intencionadamente las palabras:

—Pues que vuestra aversión hacia el doctor Struensee la inspira el miedo... y en cuanto a vos, majestad—continuó dirigiéndose ahora directamente a la reina madre—temo que a despecho de vuestra experiencia, quizá no hayáis trapeado con un hombre así, que vive adelantado a su generación... Un hombre más noble—añadió arrebolándose sus mejillas—que muchos nobles que en estos momentos tiemblan por los impuestos que les afectan.

—Vuestra majestad — volvió a terciar el despechado primer ministro—olvida que el doctor no tiene nada que perder...

—Eso puede ser remediado fácilmente—se apresuró a contestar

Carolina a la que se le acababa de ocurrir una idea.

—¿Puede permitírseme conjeturar—la interrumpió la reina madre—sea sólo por distracción?...

—Por mí no os detengáis, majestad—dijo Carolina sonriente.

—Creo que su majestad se propone intentar un pequeño experimento... ofrecer al doctor Struensee alguno de los privilegios de la aristocracia... ¿no?

—¡Eso es exactamente lo que me propongo hacer! — contestó con presteza Carolina que se gozaba de antemano, esperando que Struensee rechazase aquel encumbramiento interesado.

—Creo que su majestad confía en que el doctor Struensee rehusará—arguyó Cudber con sonrisa maliciosa.

—¡Eso creo, conde!... Y poco vamos a tardar en convencernos...

Y Carolina, llamando a uno de los nobles de servicio, le ordenó que fueran a buscar en su nombre al doctor Struensee.

Unos minutos después, el valido del rey apareció en el salón y tras unas reverencias a la reina madre y a Carolina Matilde preguntó a ésta, ante la expectación de los cor-

tesanos que no perdían de vista uno sólo de sus movimientos:

—¿Su majestad mandó a por mí?

—Sí, doctor...—empezó a decir Carolina con voz en la que se notaban la impaciencia y el temor ante una prueba tan dura para ella, que creía a ciegas en la honradez de aquel hombre—. Reconociendo los servicios prestados a nuestro país decidí recomendar a su majestad el rey que los premiara de algún modo... concediéndoles, por ejemplo, las posesiones de Hartenburg...

Durante este parlamento, Struensee había tenido tiempo de mirar de reojo a los personajes principales de esta escena "intima".

Vió la mirada burlona de Guldberg y la sonrisa burlona de Juliana...

Los demás... los demás eran comparsas y a Struensee no le daban frío ni calor...

No dejó de observar tampoco la ansiedad que se reflejaba en las palabras y aun en las miradas de la reina, pero sin dejar transparentar sus secretas emociones se limitó a preguntar con la mayor ingenuidad

posible, cuando Carolina hubo acabado su exordio:

—¿Se trata de una posesión magnífica, no?

—En efecto—contestó a p e n a s Carolina con una decepción en el acento, que no dejó de ser captada por el astuto doctor.

—¿Muy grande?—siguió preguntando importérrito y como si realmente la ambición hubiera abierto en aquel momento en su alma las puertas de par en par.

—¡Miles de acres!—se apresuró a contestar Guldberg.

—Gracias, señor—le sonrió Struensee como agradecido—. ¿Contiene muchos habitantes y siervos?

—Centenares... — salió difícilmente de los labios de Carolina.

—¿Y será mía... absolutamente mía?—insistió Struensee con algo en la voz que a todos pareció el acento de la codicia, y que hizo cambiar a Juliana y Guldberg una mirada de inteligencia.

—Desde luego — musitó apenas Carolina inclinando la cabeza sobre el pecho.

—Majestad... — empezó a decir Struensee brillando en sus ojos algo que a los demás les pareció el

reflejo de la codicia—nunca esperé un favor de esta clase y no sé cómo expresar mi reconocimiento...

—Entonces...—murmuró Carolina haciéndose las palabras un nudo en su garganta—, entonces... ¿aceptáis?

—¡Claro que acepto!—contestó con presteza Struensee a tiempo que paseaba una mirada de triunfo en torno suyo.

El inclinándose ante los reyes, como si diera por terminada su audiencia, añadió:

—Mi más sincera gratitud a vuestra majestad... y a vos, señor—añadió dirigiéndose a Guldberg, que sonreía por lo bajo.

Y sin añadir más palabras salió de la estancia regia.

—Creo — dijo triunfante la reina madre—que esto decide nuestra discusión, majestad.

—¡En efecto!...—asintió Carolina en cuyos ojos pugnaban por brotar las lágrimas.

¿Sería aquel hombre como todos los demás?...

Carolina Matilde de Inglaterra, reina de Dinamarca y Noruega, no durmió aquella noche y su azafata al ir a arreglar su lecho a la mañana siguiente, vió con sorpresa

que el rico almohadón de valencienas estaba húmedo, como si hu-

biese estado cayendo sobre él el rocío toda la noche...

HONRADEZ

Aquella noche, el palacio real presentaba un golpe de vista magnífico. Repletos sus salones, un río de sedas y encajes sus pasillos, la Corte fluía como un torrente de risas, gritos y carcajadas hacia la amplia escalinata central, frente a la puerta de honor donde se había dispuesto el trono para la ceremonia de la investidura.

Carolina y Cristián querían dar al acto de ceder a Struensee la posesión de Hartenburg y el título de conde a ella anejo, la mayor solemnidad.

Allá abajo, al pie de la escalinata, el pueblo, y en su mayoría labriegos de la finca cedida en feudo, querían tomar parte en aquella ceremonia.

La entrada de los reyes, con su traje de Corte de las grandes solemnidades fué acogida con vítores y aplausos.

Cuando tomaron asiento en sus sillones respectivos, todos pudieron advertir que Carolina Matilde esta-

ba aquella noche intensamente pálida...

Era la confesión en público de su derrota... y era sobre todo la derrota de sus más íntimos sentimientos...

Su corazón sangraba ante lo que ella consideraba una ingratitud por parte de aquel que la había enseñado a ser mujer...

¡Y para aquello, para encumbrar a un ambicioso, había ella sacrificado su amor propio de esposa ofendida, su orgullo de mujer, su altivez de princesa británica!

No lloraba... porque las reinas no lloran, pero se sentía más infeliz que nunca, más que aquel día en que llegó hasta el pie de su lecho de doncella casta, aquel pelele disfrazado de rey...

Para sumarse a la ceremonia y darle más carácter protocolario habían acudido también los embajadores de las naciones europeas...

—Su excelencia el marqués de Longueval, embajador de su majes-

tad el rey de Francia — anunció el heraldo de la corte.

Y el diplomático ofreció en una reverencia sus respetos a las testas coronadas.

Entretanto, el conde de Brandt, el orondo maestro de ceremonias, había ido a buscar a Struensee a quien halló en sus habitaciones dando el último toque a su tocado.

Para aquella ceremonia de la investidura, Struensee había abandonado, por una vez, su acostumbrado hábito negro y vestía un traje de Corte espléndido, obra maestra de uno de los principales modistos de palacio.

—Perdonad, doctor — dijo el chambelán—. Su majestad está dispuesto para celebrar la investidura.

—Un momento, querido Brandt. Soy con vos al instante...

—¡Hermoso palacio éste!— murmuró admirativo, Brandt, mirando extasiado a su alrededor—. Y pensar que sin mi viaje a Hamburgo nada de esto habría sucedido!

—Es verdad—reconoció Struensee.

—Claro que os lo mereceis... — se apresuró a añadir el chambelán

—La aventura tiene sabor noveles-

co... ¡De doctor a conde!... ¡De reformador avanzando terrateniente!... ¡Admiro a los hombres que tienen el valor de cambiar de convicciones!...

Struensee se detuvo un instante y mirando de hito en hito a su interlocutor, contestó con una sonrisa abierta:

—¡Y yo admiro a los que no tienen convicciones de ninguna clase!

Un segundo después ambos se dirigían hacia el lugar de la ceremonia.

Entretanto seguía frente al trono la presentación de diplomáticos.

Había tocado el turno al de Inglaterra.

Decía el heraldo:

—Su excelencia Sir Murray Keith, embajador de su majestad el rey de Inglaterra e Irlanda...

El embajador vestía el traje típico de los escoceses con sus falde-lines de colores vivos y sus piernas al aire.

Su presencia produjo alguna expectación y Juliana, la reina madre, murmuró al oído del conde de Guldberg:

—¿Por qué irá vestido de mujer?

—Quizá sea usual en el país del

embajador inglés, majestad — contestó el primer ministro —, que ellos lleven faldas y ellas los pantalones... Acordaos de que la reina Carolina es inglesa... —terminó con retintín.

—Pero aun así —comentó Juliana— ¡podrían ser más largas!...

Pero en aquel momento algo distrajo su atención hasta el punto de olvidarse del embajador inglés y de las costumbres "masculinas" de la Gran Bretaña.

Acababa de aparecer el doctor Struensee, que avanzaba hacia el trono repartiendo sonrisas y saludos.

Cuando llegó ante los soberanos, y tras una inclinación asaz ligera ante la reina madre, quedó en actitud respetuosa ante los soberanos.

Cristián VII, púsose el pie entonces y con su voz atiplada dijo tratando de dar a sus palabras el tono más solemne posible:

—Nos Cristián VII, Rey de Dinamarca y Noruega, por la gracia de Dios, investimos a vos Frederic Struensee, con el título de conde y en reconocimiento de vuestros servicios, os conferimos el castillo y tierras de Hartenburg.

Y la espada de Cristián VII dió el espaldarazo al nuevo potentado.

Inclinóse de nuevo Struensee ante los reyes y con su venia, avanzó unos pasos en la escalinata y dirigiéndose a un tiempo a la corte y al pueblo que aguardaba el final de la ceremonia tras las alabardas de los guardias de palacio, habló así:

—¡Majestad, excelencia, señoras y caballeros! Consciente del honor que vuestra majestad me otorga, deseo demostrar la sinceridad de mi gratitud al servicio de vuestra majestad y vuestro país. Quisiera que ésta fuera una ocasión memorable...

Sus miradas ahora buscaban con ahínco, que no pasó inadvertido para ésta, los ojos de Carolina Matilde.

—...Y en vista de la inadecuada organización existente en Dinamarca para combatir las enfermedades creo servir a vuestra majestad, haciendo donación de este castillo para un hospital, del cual espero que vuestras majestades sean protectores...

El rostro de Carolina en aquellos momentos estaba radiante. ¡Había vuelto a encontrar al hombre que hiciera sentir a su corazón! ¡Aquél sí era el doctor Struensee, el que en día memorable la dijera:

—¡Sois una niña... pero seréis una gran reina!

Y era aquella voz, aquella misma voz que apresurara los latidos de su corazón aquel día solemne, la que seguía diciendo:

—Queriendo, además, que esta ocasión sea también memorable para otros, es mi deseo hacer obsequio a todos los siervos de este histórico castillo de su libertad.

Y descendiendo unos escalones más, tendió los brazos abiertos hacia la multitud y gritó con voz entonada:

—¡Hombres!... ¡Sois libres!...

La multitud, como electrizada, enarbolando antorchas y armas que hasta entonces permanecieran ocultas, rompió el cordón de guardias y subió atropelladamente los escalones hasta llegar frente a Struensee a quien vitorearon con entusiasmo.

Carolina no cabía en sí de júbilo.

Fué ella lo que cortó aquella escena emotiva llamando al nuevo conde:

—¡Conde de Struensee! — gritó con voz conmovida.

Acudió el doctor al ruego de su reina y ésta le dijo entonces:

—¡Arrodillaos! No os, Catalina Matilde, Reina de Dinamarca y

Noruega, os conferimos la Orden de Matilde, que hemos creado en este día y que vos seréis el primero en recibir...

Y tras pasar alrededor de su cuello la nueva condecoración, extendió una de sus manos delicadas sobre su cabeza, y murmuró con voz entrecortada por la emoción:

—¡Que Dios os proteja!...

Luego, terminada la ceremonia, el rey, rodeado de la nobleza, le dijo al doctor:

—Aplaudo vuestra excentricidad, querido conde, pero, ¿no creéis que sois demasiado generoso?

—No, majestad — contestó Struensee sonriendo—. Quizá otros de vuestros súbditos quieran seguir mi ejemplo...

Y haciendo una postrera reverencia se adentró entre la multitud que le colmaba de parabienes y ansiaba ver de cerca la nueva condecoración.

Entretanto, sir Murray y la reina departían como dos buenos compatriotas.

—Sin embargo—decía sir Murray—sigo creyendo que el niño de un siervo, aun alcanzando los más altos honores...

—¡Y prestando los más valiosos

servicios!— le interrumpió Carolina.

—Convenido, majestad... — continuó el embajador—. Sigo creyendo, repito, que el nieto de un sirvo nunca sería un caballero...

—Y yo, sir Murray—contestó la reina con una encantadora sonrisa—sigo creyendo que sí.

—Desgraciadamente —murmuró el obstinado escocés— es algo que no podemos probar, pero si pudiéramos, estaría dispuesto a apostar mi reloj... ¡a pesar de que soy escocés!

Y al decir esto, sir Murray presentaba a la reina un magnífico reloj de oro.

—¡Precioso reloj!—exclamó admirativa la reina teniéndolo unos segundos en sus manos— ¡Arriesgáis mucho, sir Murray!

—¡Nosotros los escoceses somos así!

—De todos modos —sentenció Carolina con una sonrisa encantadora—acepto vuestra apuesta...

Y haciendo una graciosa reverencia al embajador, la reina, seguida de sus damas de honor, regresó a sus habitaciones particulares.

¡No la había defraudado Frederic Struensee!

¡Era tal como ella había creído conocerle!

UN JUEGO PELIGROSO

Al día siguiente, Juliana había reunido en la sala acostumbrada, al que fué hasta hacia poco, y que aun seguía siéndolo clandestinamente, consejo de la regencia.

En aquella reunión, como era de suponer, se trataba del conde de Struensee.

—El problema—decía Guldberg—no es lo que Struensee ha hecho, sino lo que haga en lo futuro.

—Exacto — corroboró la reina madre—. Y nuestro inmediato problema es cortar las uñas antes de que crezcan más.

—Creo que el nuevo conde tiene poderosos enemigos en la corte...—aventuró uno de los consejeros con intención siniestra.

—Caballeros—dijo la reina madre a modo de conclusión—. Hemos de obrar y obrar antes de que

no sea demasiado tarde... desgraciadamente...

Pero al llegar a este momento culminante de las deliberaciones, apareció en la puerta el mismo conde Struensee en persona.

El ujier trató de detenerle el paso diciéndole:

—¡Señor, el consejo celebra sesión!

Struensee apartó a un lado a aquel hombre diciendo con energía:

—Vengo por orden de su majestad con un mensaje disolviendo el consejo! Su majestad acaba de firmar la orden oficial — continuó mostrando el decreto a la reina madre, que se hallaba fuera de sí de indignación.

La reina madre cogió el papel en sus manos y lo rasgó desdeñosamente.

Struensee dejó fluir de sus labios una risita sarcástica y sacando de uno de los bolsillos de su casaca otro documento idéntico al anterior, dijo burlón:

—Su majestad tuvo la precaución de firmarlo por duplicado...

Y haciendo una reverencia ante Juliana, salió de la estancia, que en pocos segundos quedó desierta.

Juliana, la reina madre, estaba verdaderamente furiosa.

Aquel último golpe dado a su orgullo era más de lo que podía soportar. Por eso desde la sala del consejo y apenas enterada de la orden de disolución de éste, se dirigió, seguida de sus incondicionales, a las habitaciones de su hijo Cristián, con ánimo de convencerle por las buenas, o por las malas, de la necesidad de revocar aquel decreto.

Pero al llegar ante la puerta de las habitaciones de su hijo se encontró con algo que acabó de enfurecerla.

Al intentar entrar, como de costumbre, sin ceremonia alguna, los soldados de guardia cruzaron sus alabardas y la interpusieron el paso.

—¿Dónde está ese maldito machacho? — increpó al jefe de la guardia.

Pero éste, manteniendo su actitud, contestó:

—Majestad... Tengo orden de no dejar pasar a nadie.

—¿Quién la dió? — preguntó la reina echando espumarajos por la boca.

—El conde Struensee, majestad.

Pero Struensee, que oyó la respuesta del oficial desde lo alto de una escalinata aclaró las cosas diciendo con naturalidad:

—Las órdenes no fueron mías, sino de su majestad.

El efecto que estas palabras produjeron en aquella mujer orgullosa hasta la quintaesencia no es para descrito...

Hecha una furia, se retiró a sus habitaciones, en donde no tardó en reunir un consejo, que no había de tardar en tener funestos resultados para Struensee.

El nuevo conde se hallaba poco después a solas con el conde Guldberg al pie de la escalinata por la que ambos descendieron al ser disuelto el consejo.

—Conde Struensee—dijole el de Guldberg—. ¿Estaríais dispuesto a aceptar un consejo? No menospreciéis a su majestad la reina madre. Podríais perder la cabeza... y si no tenéis cuidado, dentro de un año la perderíais del todo...

Struensee se encogió de hombros y con la más irónica de sus sonrisas en los labios se contentó con contestar:

—Quizá prefiera tener mi cabeza un año escaso a conservar du-

rante treinta años una cabeza sin ideas propias...

—Verdaderamente—contestó el conde de Guldberg moviendo pesadamente la cabeza—, amigo mío, estimáis en demasiado poco a vuestros adversarios...

—¡Bah! ¿Creéis eso?—rió el doctor.

.....

Pasaron unos días...

Iba tejiéndose la madeja en torno al nuevo favorito del rey...

Se aprovechaban los menores incidentes, un gesto, una sonrisa, cualquier cosa...

Y él y Carolina seguían, sordos a todos los rumores, la ruta que se habían señalado de antemano.

Y aquella mañana...

Sir Murray tuvo precisión de entrar en las habitaciones de la reina, que se disponía en aquel momento a dar un paseo a caballo.

Si sólo hubiera sido esto, nada hubiera ocurrido.

¡Pero era el caso que Carolina Matilde vestía ¡un traje de hombre! con unos pantalones ceñidísimos...

¡Oh, aquello era escandaloso!

Las damas de compañía salieron de la cámara regia haciéndose cruces, murmurando:

—¡Producirá un escándalo! ¡No puede salir a la calle así!...

—¡Dios mío, señoras! ¿Qué ocurre?— preguntó el embajador inglés.

—¿Tenéis audiencia con la reina?—le contestó la dama de turno.

—Sí...

—Entonces, ya veréis lo que ocurre...

El escocés se encogió de hombros, porque era poco dado a descifrar enigmas y penetró en la cámara regia para salir de dudas cuanto antes.

Pero al hallarse ante su majestad no pudo menos de encoger el entrecejo y dar en parte la razón a las murmuradoras de afuera.

Carolina se dió cuenta sin duda del efecto que producía en su compatriota, por cuanto preguntó, fingiéndose seria:

—Bien... sir Murray... ¿Qué pasa?

—A mí... majestad... me gustan... Pero... supongo que no saldéis con ellos.

—Ya lo creo...—afirmó impertérrita la Reina—. Voy a pasear a caballo... Fué idea del conde Struensee... ¡Las faldas son tan molestas!... ¿Es que no lo aprobáis?

—No intento decir eso... majestad... Creo sólo que pertenecéis al sexo contrario...

—Bien, si es sólo eso... ¿podéis decirme qué quiere decir esto?—rió Carolina señalando las faldas escocesas de sir Murray.

El embajador consultó un momento su reloj antes de despedirse y la reina, fijándose en la alhaja, le dijo sonriente:

—Veo que aun tenéis el reloj...

—Creo que está seguro, majestad... El rey puede convertir en conde a uno del pueblo... pero... no basta un decreto para convertirlo en caballero...

Pero la reina llevó a cabo su capricho...

.

La cruzada contra la reina y el favorito seguía su curso.

Ya no era sólo en palacio donde se tramaban las intrigas, sino que se había hecho trascender el escándalo a la calle, y en canciones y en epigramas no quedaban muy bien paradas las honra del rey y la de la reina.

Esto llegó a oídos de sir Murray, que se creyó en el caso de avisar a su majestad de lo que ya estaba tomando aspecto de escándalo.

Y solicitó una audiencia privada, que fué concedida inmediatamente.

A Carolina le llamó la atención la seriedad que reflejaban las facciones de su compatriota y preguntó alarmada:

—¿Queríais hablarme?

—¡Un asunto grave, majestad! Como compatriota vuestro es mi deber informaros de que hay mucha calumniosa murmuración respecto a vuestra majestad...

—¿Murmuración?... ¡Bah!... Es imposible contener a los deslenguados... Todos tenemos enemigos —contestó displicente Carolina.

—Pero es que esa maledicencia puede llegar a ser peligrosa...

—¿Creéis?...—preguntó la reina empezando a formalizarse.

—Sí... Desde que Struensee abolió la censura, puede imprimirse todo... Hay folletos, albulas, libracos, carteles, caricaturas... Aquí traigo una...

Y el buen hombre entregó un dibujo alusivo a la reina y a Struensee, a los que se veía besándose en uno de los rincones de palacio, con unos renglones alusivos a sus amores y al riesgo que corrían las cabezas de ambas...

Carolina, por todo comentario, soltó una carcajada estrepitosa y a tiempo que sir Murray, después de una inclinación reverenciosa, salía de la cámara, se dejó caer en una silla muerta de risa.

En aquel momento entraba Struensee, que la miró estupefacto.

—¿A qué viene esa risa, majestad?

—Algo que dijo sir Murray...—contestó Carolina sin atreverse a entregarle la caricatura causa de su hilaridad.

—Creo que me ocultáis algo—murmuró Struensee.

Carolina se puso en pie y, lentamente, le entregó el papel maldiciente...

—A vos, amigo mío... no puedo ocultaros nada... Creí que os molestaría... y eso es todo... Que me hieran a mí, me causa risa... pero a vos...

Struensee fijó sus ojos unos instantes en el libelo y murmuró con voz sorda:

—Dinamarca es un pequeño país, pero encierra mucho veneno...

—¡Bah!—contestó Carolina con indiferencia—. Sólo me ha producido risa...

—¡Siento que esto ocurriera a

vuestra majestad! — murmuró el doctor pesaroso.

Carolina se acercó a él y muy quedo, con una voz como un suspiro, pero que tenía aromas de incienso, suspiró, hundiendo sus ojos en aquellas pupilas negrísimas que la contemplaban fascinadas:

—¡Yo no!... ¡Desearía que fuese verdad!...

Por un momento Struensee sintió que todo se borraba en torno suyo... Los contornos de las cosas...

los muebles... hasta la luz... No veía más que el rostro divino de aquella mártir, y atrayéndola hacia sí, con unción, con una reverencia mística posó sus labios sobre la frente de la pobre reina... que seguía siendo una niña...

Un rumor de pasos en la antecámara les volvió a la realidad, y Struensee, apartándose de aquella mujer que era su premio y era su castigo, salió de la cámara tambaleándose como un beodo...

AMOR...

Carolina Matilde, reina de Dinamarca y Noruega, ¿seguida, efectivamente, siendo tan niña, como la dijera Struensee?...

¿O había empezado a ser mujer?

Desde su última entrevista con el doctor se desesperaba al ver la lentitud con que pasaban las horas de aquella tarde que se le antojaba interminable...

¡Cuanto tardaba en venir la noche!...

Y por fin llegó...

Acabaron las interminables ceremonias palaciegas, se retiró a sus habitaciones y ya en ellas, asistió,

disimulando apenas su impaciencia, a las operaciones de su dama de guardia que la preparaba el lecho...

Por fin, no pudiendo resistir más, se dirigió a su dama y la dijo, con voz que en vano trataba de hacer segura:

—Von Eyben, podéis retiraros... Estoy cansada... Buenas noches...

Algo debió notar aquella muchacha de extraño en la voz de su señora, porque al pasar ante ella y al cruzar la puerta la dirigió una mirada tan escrupulosa que en otra ocasión no hubiese dejado de llamar la atención de Carolina.

Además, a la dama en cuestión se le cayó al suelo una polvera, cuyo contenido se desparramó...

Pero estaba la reina tan excitada, tan fuera de sí, que sólo notó que había salido, que la habían dejado sola...

Y logrado esto, que era lo que tantas horas había estado esperando, llegó hasta una puerta secreta de su alcoba y saliendo por ella no tardó en cruzar un corredor estrecho y subir unas escaleras que conducían a las habitaciones particulares del conde Struensee.

Conteniendo a duras penas los latidos de su corazón pronto a saltar de su pecho, Carolina dió unos golpecitos suaves en la puerta.

—¡Adelante!—se oyó la voz del conde.

Empujó suavemente la puerta y pudo ver a Struensee, que, sentado ante una mesa, trabajaba.

—¡Su majestad! — exclamó Struensee al ver a la reina, aturrido ante aquello que él conceptuaba, y con razón, como una locura.

—¡No soy su majestad!—contestó la reina.

—¡Tenéis que volver a vuestras habitaciones!... ¡Tenéis que volver!...

Y al hablar, Struensee miraba a

todas partes atemorizado, como si de detrás de cada mueble fuese a salir un traidor que vendiera su secreto—. ¡Si esto llegara a averiguarse!... ¿Sabéis lo que significaría?...

—Sabía eso cuando entré—contestó Carolina con la sonrisa en los labios y avanzando hacia la mesa, tras la cual, como defendido por un parapeto, se mantenía Struensee incapaz de hacer el menor movimiento.

—¡Criatura!...—exclamó juntando las manos en ademán de súplica—. ¿Queréis perder la cabeza?

—No creo que me importara. Me iré si lo queréis, pero habéis de darme la razón de echarme de vuestro lado...—contestó Carolina con voz firme—. Tenéis que decir... y sentirlo así... que no queréis que me quede...

Struensee, haciendo un esfuerzo que estuvo a punto de quebrar todas las fibras de su alma, casi saltándose las lágrimas a los ojos, costó como en un sollozo:

—¡No quiero que os quedéis aquí!

—¡Miradme!—gritó casi la reina acercándose a él y casi tocándose sus rostros—. ¡Decidlo ahora!

—Lo siento, pero es verdad—repitió lívido, desencajado, Struensee—. ¡No quiero que os quedéis aquí!...

Ella bajó la cabeza, hundió la barbilla en el pecho y, conteniendo a duras penas las lágrimas que ya formaban un nudo en su garganta, giró sobre sus talones como una autómatas y se dirigió hacia la puerta...

Pero aquello era más de lo que Struensee podía resistir y olvidando en un momento los peligros que ella y él pudieran correr, olvidan-

do que aquel era el camino del cadalso, sobre todo para él, el advenedizo, el extranjero, el hombre odiado por los poderosos... y desconocido aún por los plebeyos, gritó fuera de sí:

—¡Carolina!... ¡Os estoy mintiendo!... ¡No quiero dejaros ir!...

Y abriendo sus brazos, en los que corrió a sepultarse la hermosa reina, murmuró, a tiempo que se juntaban sus labios en el primer beso de amor:

—¡Os quiero tanto... que no me importa si nos matan después!...

BACANAL...

No podían sospechar Carolina y Frederic que los pasos de la reina habían sido seguidos y que a aquellas horas su reputación de mujer era la comidilla o estaba a punto de serlo de toda la corte.

Aquella misma Von Eyben, su dama de honor, de guardia aquella noche, la había espiado al salir y la siguió en la sombra hasta la misma puerta de las habitaciones del conde...

Una vez allí, aquella arpía—no

otro nombre merecía quien así pagaba las bondades de su ama—preparó la celada en que había de caer la reina.

Con unos polvos que a prevención llevaba hizo como un lecho sobre la alfombra del vestíbulo y esperó la salida de Carolina.

Lo demás es fácil de comprender.

Cuando salió la reina, la huella de su zapato quedó impresa en la alfombra. Llevar ésta al día si-

guiente y el zapato acusador al consejo y ante la reina madre, era cosa sencilla.

Los enemigos de Struensee tenían en su poder la prueba de la traición del favorito.

Ya en posesión de estos datos, Juliana se dirigió presurosa a las habitaciones de su hijo.

Como en otra ocasión memorable en que intentara verle, su majestad la reina madre halló que le obstruían el paso.

—Perdón, majestad—la dijo el oficial de guardia interponiéndose en su camino—. Sin orden del conde Struensee no puede verse a su majestad.

—¿Qué órdenes son esas? ¿Cómo os atrevéis?—empezó a vociferar la reina—. ¡Dejadme pasar al instante!

Pero la consigna estaba por encima de todo y aquellos hombres, militares al fin y al cabo, la cumplían a rajatabla aun a trueque de incurrir en el desagrado de su majestad.

—¡He dicho que me dejéis pasar... u os mando echar del regimiento! ¿Se han vuelto todos locos en esta corte?

A los gritos de la reina habían

acudido varios palaciegos, que hacían coro a sus invectivas contra Struensee.

—¿Os estáis ahí tan tranquilos viendo insultar a la madre de vuestro rey? ¡Soy vieja, pero no lo consentiré!... ¡Quiero ver a mi hijo!...

Y dando un grito terrible y agitando los brazos en el aire como si la faltase el equilibrio, aquella formidable comedianta cayó como un ovillo sobre la alfombra...

Como es natural y más después del escándalo que se produjera a la puerta misma de sus habitaciones, Cristián VII, al enterarse de que su madre, según le dijeron voces ociosas, estaba agonizando, corrió a las habitaciones de la enferma, que, en efecto, estaba en la cama rodeada de doctores y con una cara tan pálida que realmente daba grima el verla...

Cristián, que apenas se atrevía a respirar—después de todo era su madre—, se acercó al médico y preguntó en voz queda:

—¿Hay esperanzas?...

El fino oído de Juliana percibió en el acto estas palabras y haciendo como que volvía en sí de un largo desmayo, preguntó con voz quejumbrosa:

—¡Ah, Carolina, querida! ¿Has venido?

—No es Carolina, majestad — contestó uno de los médicos—. ¡Es su majestad el rey!

Abrió entonces del todo los ojos la pseudo-cadáver y dijo a los que la rodeaban, con voz que aun era un lamento:

—Su majestad desea hablar a solas con su hijo.

Cuando hubo salido el último de los testigos de aquella escena terna, Juliana se sentó de un salto en la cama y dijo con voz natural, más enérgica aún que de costumbre:

—¡Cristián! Quiero hablar contigo. Escúhame.

—Sí, madre...—contestó el rey, aunque recelando al acercarse más a su madre, a la que si no enferma creía loca en aquellos momentos—. Pero... ¿no estabais muriéndoos?

—¡No! ¡Aunque Dios sabe por qué no! Las cosas han llegado a extremos en que tiene una que morir para ver a su hijo... ¡Alcanza ese zapato! — continuó designando uno que estaba sobre una mesilla inmediata.

Obedeció Cristián, preguntándose intrigado en qué iría a parar todo aquello y Juliana continuó:

—Suponte que yo te dijera que ese zapato es el de Carolina y que esa alfombra—y señalaba una que estaba sobre la misma mesilla de donde Cristián cogiera el zapato,—con su huella impresa, es la de la puerta del cuarto de tu querido amigo el doctor Struensee...

Tenía que ser muy duro de mollera el rey para que no acabara por enterarse de lo que ya sabían hasta los potros de palacio: que su mujer tenía un amante, de que ese amante no era otro que Struensee.

Y he aquí como aquel moquetrete, como muy bien le llamara Carolina el día de la boda, aquel muñeco abúllico, que entró en la habitación de su madre creyendo que iba a asistir a un sepelio, salió de allí dando brincos de alegría.

Al día siguiente Carolina se hallaba en los jardines de palacio con sus damas, cuando se acercó a ella sir Murray.

—Su majestad parece preocupada...—la dijo, después de saludarla ceremoniosamente.

—Pensaba en la enfermedad de la reina madre—contestó Carolina por decir algo.

—Pues yo os aseguro—contestó

Murray con una sonrisa socarrona —que la reina madre está mejor que nunca... ¡Apostaría la cabeza!

—¿Apostaríais el reloj? — preguntó riendo la reina.

—No, majestad... Reservo esa joya para una apuesta más importante... ¿Cómo está el conde Struensee?

La pregunta cogió desprevenida a la reina y sir Murray, que nada tenía de tonto, vió colorearse instantáneamente sus mejillas...

Era más de lo que descaba saber el astuto embajador...

Casi al mismo tiempo, Cristián recibía la visita del conde Brandt.

—¿Sabéis la noticia? — le preguntó el rey que parecía más contento que nunca.

—¿Qué noticia, señor?

—¡Me refiero a mi mujer!

—No sé... — murmuró Brandt, que, sin embargo, sabía demasiado.

—¡Mi mujer tiene un amante! — rió gozoso aquel idiota.

—¿Un amante? — exclamó el chambelán sorprendido de que aquello hubiese puesto de tan buen humor al rey.

—Sí, un amante... ¿Y quién creéis que es? ¡Struensee! Y tenemos la prueba...

—¿Y por eso está tan contento vuestra majestad? — preguntó cada vez más atónito Brandt.

—¡Claro!... ¿No comprendéis? ¡Pero si es la mejor noticia que me han dado en muchos años!... ¡Eso significa el fin de Struensee!... ¡Significa que acabó esta vida tan aburrida! ¡Ya no estoy en su poder, sino él en el mío!

—¿Queríais tal cosa, majestad? — preguntó Brandt que se preguntaba a sí mismo quién estaba más loco de los dos.

—¡Claro que sí, Brandt! Venid... ¿Sabéis lo que voy a hacer? Voy a celebrarlo esta noche con una fiesta... a la antigua manera...

—¿A la antigua manera? — preguntó Brandt abriendo unos ojos como ventanales—. ¿Qué dirá vuestra madre?

—¡Pero si ella fué quien me lo sugirió!...

Y, efectivamente, aquella noche, en uno de los salones de palacio, se celebró la fiesta, aquella fiesta a la antigua manera, que no era otra cosa que una bacanal monstruosa a la que Cristián VII tuvo el capricho de hacer asistir a su mujer, que no creía que su marido fuese capaz de tal monstruosidad.

Al principio de la cena, mientras en la mesa no hubo más que hombres, Carolina dominó su repugnancia, pero cuando irrumpió en el salón un ramillete de mujeres, que, tras de bailar caprichosamente, fueron a sentarse sobre las rodillas de los comensales, la pobre muchacha sintió que era presa del vértigo.

El rey entonces la preguntó, fingiendo conmiseración:

—¿Hay algo que os moleste, majestad?...

—Parece haber cierta mezcla... — murmuró Carolina con voz débil.

—¿Mezcla? — exclamó Cristián sorprendido o haciendo que lo estaba por lo menos—. ¡Ah! ¡Sí! ¡Las damas!... No permanecerán mucho tiempo... Olvidaba que sois tan tímida...

—Me duele la cabeza — gimió Carolina tratando de levantarse.

—¡Oh! ¿La cabeza?—rió cínicamente su marido—. ¡Haré que pronto no penséis en eso!...

Carolina sintió que un escalofrío corría por todo su cuerpo.

Struensee, entretanto, y aunque había recibido la invitación para aquella fiesta, cuya finalidad olvidaba todavía, estaba revisando con

su sastre un modelo de uniforme para el regimiento de guardias de su majestad.

El sastre se había esmerado y los uniformes eran muy vistosos, pero muy recargados de galones, cosa que disgustaba a Struensee, que aspiraba en todo a la más estricta economía.

—¿Cuánto cuestan?—preguntó.

—Ochenta florines, excelencia.

—¿Cuántos hombres hay en el regimiento?

—Mil doscientos, excelencia.

—¡Noventa y dos mil florines! Es caro este galón, ¿verdad?

—Sí, excelencia, pero su majestad insistió en él.

—¿Cuánto costarían sin el galón?

—La mitad, excelencia. ¡Pero su majestad insistió tanto!... — siguió arguyendo el sastre, que no decía que a él el galoncito le produciría una pequeña fortuna.

—Bueno... bueno... Me gusta el uniforme... y apruebo el modelo— terminó Struensee—, pero sin el galón, ¿eh?

Y dejando al sastre maldiciendo de su suerte, se dirigió al salón, en donde se estaba celebrando la fiesta presidida por el rey.

Al ver aquella grosera bacanal,

Struensee se acercó severo a su majestad y colocándose tras su sillón preguntó, frunciendo el ceño:

—¿Qué es esto?

—¿Esto? — contestó el rey con una clínica risotada—. ¡Una fiesta!

—¿Muriéndose vuestra madre? — protestó Struensee por decir algo.

—¡Precisamente celebremos su mejoría!

Struensee, que veía que el rey empezaba a estar beodo, miró con lástima a Carolina y se dispuso a salir, dispuesto a acabar con aquello aunque fuera por la fuerza.

—¡Oh, no!... ¡No os iréis! — exclamó el rey al ver su movimiento. — ¡Os sentaréis en un sitio de honor!... ¡Os sentaréis al lado de la misma reina!...

Struensee vió algo extraño en los ojos del monarca y para estar más cerca de Carolina en el momento de peligro que presentía, acabó, aunque de mala gana, por sentarse al lado de su amada.

—Majestad... —decía Brandt—. No sabéis qué contento estoy... Me recuerda otros tiempos... ¡Volvéis a ser un verdadero rey!... ¡Que Dios os conceda largo reinado! ¡Ojalá todos vuestros súbditos os fueran tan leales como yo!...

Carolina, mientras tanto, hablaba con Struensee, disimulando la ira, la congoja que la atormentaba...

Sólo al hallarse cerca de él le daba fuerzas para resistir tanta vergüenza y tanto oprobio.

—¡Frederic!... ¡Llévame de aquí!...

—¿Qué queréis decir? — contestó Struensee que apenas se atrevía a mirarla.

—¡No puedo soportar esto! ¡Marchémonos de aquí juntos!... ¡A Inglaterra... a cualquier parte!...

—¿Y nuestra labor, Catalina? — preguntó Struensee con los ojos fijos en el vacío, como viendo allá lejos algo que empezaba a ser borroso para él.

—Erais médico y sois primer ministro de Dinamarca... ¿No habéis alcanzado bastante? ¡Habéis logrado lo que nadie!... ¡Todo! — siguió diciendo Carolina, que se exaltaba por momentos.

—Todo, no — contestó con calma Struensee—. Habíamos planeado hacer grandes cosas con Dinamarca... y aunque no nos dejen hacer mucho más seguiré hasta que me lo impidan.

—¿Merecen esos necios tal esfuerzo? — exclamó despreciativa Carolina mirando a aquella noble-

za que allí ante su vista se hundía en el cieno.

—No es por ellos—contestó con tristeza Struensee—. Lo hago por el pueblo...

—¿Estimáis la felicidad del pueblo por encima de todo?...—preguntó con un matiz celoso la reina—. ¿No pensáis que también yo puedo aspirar a ser feliz?... ¡Ya estoy cansada de tanta mezquindad y traición! ¡De nadie podemos fiarnos sino de nosotros mismos!... ¡Nos amamos!... ¡Acojámonos a eso... antes de que sea demasiado tarde!... ¡Abandonadlo todo y huyamos juntos!... ¿Qué importa todo lo demás?

Struensee inclinó la cabeza vencido por el amor tan puro.

—¿Quizá nada!—murmuró como en un quejido—. Al escucharos ahora, todo lo demás parece de pronto tan insignificante...

Y toda su energía se rebeló de pronto. Tenía razón Carolina. Aquello no podía seguir así. Estaba dispuesto a todo, a todo, incluso a llegar a la huida, si no se respetaba su voluntad.

Irguiendo la cabeza con fiereza y chispeantes los ojos se levantó de su sitio y fué hasta el sitial de su majestad.

—¡Insisto en que acabe esto in-

mediatamente!—dijo, con voz recia que hizo suspender todas las conversaciones y que todos los ojos se fijasen en él.

—¿Insistís?—preguntó socarronamente Cristián—. ¿Cómo os atrevéis? ¡Conque la reina está escandalizada!, ¿eh? Y de tener a su lado a su amante, ¿no? ¡La felicito!

Struensee tuvo que hacer un esfuerzo violento sobre sí mismo para no aplastar la cabezota de aquel sapo inmundó.

Pero aquel idiota continuó como si estuviese diciendo una gracia:

—Os he estado vigilando... Sé lo que hay en vuestro pensamiento... pero habéis fracasado. ¿Lo oís? ¡Habéis fracasado! ¡Ja, ja!... Sois más listo de lo que parece, ¿verdad, conde?

Struensee, severo, se limitó a decir:

—¡Vais demasiado lejos, majestad!

Pero aquella majestad de guardarropía se volvió hacia su favorito y contestó, más cínico si cabe que antes:

—¡Vamos! ¿Qué os pasa ahora? ¡Vino!... ¡Vino!...

Y no sabemos en qué hubiera acabado aquella indecorosa masca-

rada, de no haber ocurrido algo que dejó a todos clavados en su sitio y sin atreverse ni aun a respirar.

Desde todos los rincones de la sala, por las escaleras, por las puertas abiertas de pronto de par en par, empezaron a llegar soldados, con las bayonetas caladas, que fueron rodeando la mesa hasta dejar encerrados a los comensales en un círculo de fuego.

—¿Qué significa esto?—preguntó el rey, que se había puesto lívido, al oficial que mandaba la fuerza.

—¡Debía venir con nosotros, majestad!—contestó el oficial respetuosamente, pero con firmeza.

—Pero... ¿no comprendéis que echáis a perder mi fiesta?—fué lo único que se le ocurrió decir a aquel histrión, mientras se ponía en pie y seguía a los soldados.

Estos le condujeron a presencia de su madre, a la que acompañaban los antiguos miembros del Consejo de Regencia.

Al ver a su madre, Cristián llegó medio llorando hasta ella y preguntó tembloroso:

—¿Qué es lo que he hecho?

—Nada, hijo mío... Quiero que firmes esto... — contestó su madre

mostrándole un documento colocado sobre la mesa.

—¿Y qué es esto? — preguntó Cristián cogiendo la pluma que le entregaban.

—¡Firma!—repitió su madre en tono autoritario.

—¿Y si firmo me dejaréis volver a mi fiesta?

—Sí... pero firma...

—Su majestad Carolina Matilde y el conde...—empezó a leer el rey.

—¿Qué es esto de Carolina y Struensee?

—Es una orden de arresto por traición—contestó friamente su madre.

Y entonces, aquel pelele tuvo un gesto cómico de rebeldía:

—¿Traición? ¡Pero si no quiero que arresten a Struensee!... ¡Tengo simpatía por él!

—¿Olvidas a tu mujer? ¡Se ha reído de ti!

—¡Nadie puede reírse de mí!—se engalló el rey con una seriedad que resultaba risible.

—¿Y la escena que acabas de hacer?—preguntó la madre.

—¡Oh! Aquello fué sólo para darles una lección... No me importa lo que haga ella, mientras tenga mis fiestas... Y al doctor le quiero... Desde que le traje conmigo de Ham-

burgo ha hecho maravillas... no he vuelto a tener resfriado... ¿Y llamáis a eso traición?...

Pero aquello fué un conato de rebeldía. Obligado por su madre y por Guldberg, acabó por firmar la orden de arresto, murmurando torpemente, mientras garabateaba su nombre:

—¡Bueno!... ¡Cualquier cosa con tal de que me dejen asistir a mi fiesta!...

Así era Cristián VII de Dinamarca, un muñeco manejado a su antojo por Juliana y por el ambicioso conde de Guldberg, que cambiaron entre sí una mirada de inteligencia en cuanto vieron ganada la partida.

UN CABALLERO...

Frederic Struensee fué conducido—como lo fuera al mismo tiempo Carolina Matilde—a uno de los calabozos de palacio.

Y aquella misma noche—tenían prisa por deshacerse de él—fué el conde de Guldberg a comunicarle cuál era la decisión del consejo.

Struensee le oyó con indiferencia.

—Amigo mío — le dijo aquel que sabía que le odiaba a muerte—, hablemos ahora como dos hombres sensatos...

—¿Qué puedo hacer por vos?— preguntó el doctor deseando salir cuanto antes de aquella situación.

—Aborrrarme el trastorno de un largo y costoso juicio.

—Os ahorraría gustoso hasta el juicio...

—Temo que no podáis hacerlo —contestó Guldberg fingiendo una conmiseración que estaba muy lejos de sentir—. Si hicierais el favor de firmarme esto...

Y le tendió un documento por el que Struensee pasó distraídamente la vista.

—¿Confesando que aspiraba al trono?—dijo sonriendo sarcásticamente.

—¡Y ser el amante de la reina!

—Lo siento, señor—contestó con firmeza el doctor—. Habría tenido mucho gusto en hacerle ese favor... Pero lo siento...

Guldberg se encogió de hombros

y se dispuso a salir del calabozo.

—¡Un momento! — le gritó Struensee—. Tengo una idea mejor...

—Veamos — contestó Guldberg volviendo sobre sus pasos.

—¿Preferiríais que confesara malversación de fondos?

—¿Fondos del Estado?—exclamó el astuto primer ministro brillando el gozo satánico en sus ojos. —¿Habéis malversado caudales del Estado?...

—Lo firmaré, que es lo que os interesa... Firmaré que he estado malversando meses y meses... Miles y miles de florines... o millones, como queráis... Eso sí, con una condición.

—¿Cuál?

—Que la reina esté en libertad antes de firmar...

Guldberg torció el gesto al oír aquello. Sus odios llegaban hasta ella, que nunca tuvo para su repugnante persona más que desprecios...

Pero, en fin, asintió. Aquello era la cabeza del conde y ya se daba por satisfecho.

—Podéis hacerlo posible... —le instruyó Struensee—. Una confusión de sus guardias... Un error en

cualquier parte... ¡Creo que hallaréis la posibilidad! Sir Murray podrá ayudaros y cuando él me diga... que la reina está a salvo, camino de Inglaterra, firmaré...

Guldberg aceptó todas las condiciones y unos minutos después, efectivamente, de la celda de la reina salía ésta envuelta en un capuchón y subía a un coche en el que la esperaba sir Murray, el embajador inglés.

Cuando éste la hubo dejado a bordo de un navío que debía zarpar inmediatamente para Inglaterra, el embajador fué al calabozo de Struensee.

—Está a salvo...—le dijo apenas en su presencia—. El buque zarpa dentro de una hora...

—Bien, amigo mío... No sabéis cuánto os lo agradezco...

En aquel momento llegaba Guldberg, que se apresuró a recoger la firma de un documento que él redactara a su gusto, exagerando los delitos cometidos por el doctor.

—¿A qué hora tiene lugar la... ceremonia? — preguntó Struensee haciendo un gesto expresivo.

—Al amanecer.

—Seré puntual.

Cuando se quedó solo con el em-

embajador inglés, Struensee le preguntó con ansia:

—¿Mandó decir algo?

—No hubo tiempo—murmuró el inglés apesadumbrado.

—Sin duda la veréis pronto en Inglaterra—empezó a decir el doctor con voz temblorosa—. Decidla que...

Pero en aquel momento penetraron en el calabozo Carolina Matilde y una de sus doncellas.

—Perdonad, sir Murray—dijo la reina dirigiéndose al embajador—. No fui yo a quien condujisteis en el coche... Era una de mis doncellas...

Struensee, al ver a su amada, quedóse un momento como atontado. Toda su maravillosa obra de liberación de la mujer-amada rodaba por el suelo.

Y se indignó contra sí mismo y contra ella, que quería morir por él...

¡No, aquello no lo consentiría, aunque tuviera que hacer el más cruel de los sacrificios!

¡Y aquel hombre admirable lo hizo!

Sir Murray hizo por su parte una seña a la doncella y ambos salieron silenciosamente del calabozo para dejarlos solos.

El inglés iba llorando como un chiquillo...

Ya soloa, Struensee redobló su furia. Parecía loco.

—¿Por qué volvisteis? ¿Cómo os atrevisteis a volver?...

—Tenía que volver...—contestó Carolina tendiendo hacia él sus manos implorantes—. ¡Quería estar contigo!...

—¿Querías estar conmigo? ¡Pues bien, yo no quería estar contigo!... ¡Esto nos llevará al patíbulo! Fui yo quien me libré de ti... yo quien preparé tu fuga! ¿Eres tan cerrada que no lo comprendes?

Y Struensee, que se clavaba las uñas en la carne hasta hacerse sangre, siguió representando aquella magnífica comedia de su desamor, de su odio, de sus ambiciones... ¡cuando todo él era interiormente un ascua de amor!

—¿Sigues creyendo que te amo? ¿No ves ahora que fuiste un instrumento mío? ¿No comprendes que por ti podía haber llegado a ser rey, que era lo que quería? ¡Pero amarte!... ¡Necia!...

Y las palabras salían atropelladas de sus labios, y se esforzaba por dar acentos de verdad a su voz...

Carolina, a través del velo de lágrimas que cubría sus ojos, le mi-

raha admirándole, amándole más cada segundo que pasaba.

—¡Es inútil, mi amado!... ¡Ese ardor ya lo intentaste otra vez!... ¿Te acuerdas? ¡Aquella noche!...

—¡No es ardor, no!—vociferaba Struensee más descompuesto cuando veía que fracasaban sus esfuerzos—. ¡Debes haber perdido el seso!...

Pero Carolina cerraba los oídos a todo lo que no fuera su pasión devoradora por aquel hombre, que estaba dispuesto hasta a dar su vida por salvar la de ella...

—¡Por favor, Frederic, cállate!... No nos queda mucho tiempo... No digamos cosas que no sentimos... Te he trastornado porque he vuelto... ¡Ah, amado mío, no quería partir sola!... ¡No debía!... ¡No podía!...

Tanto amor acabó por vencer a Struensee, que, estrujándola en sus brazos hasta hacerla daño, dejó al fin hablar a su corazón desbordante de amor:

—¡Escucha!... ¡Te amo... sí! ¡Te he amado siempre!... Pero quiero que te vayas porque soy egoísta... ¡Porque es más fácil morir sabiendo que estás a salvo!

—¡Pero yo no quiero salvarme!

—gritó Carolina retorciéndose las manos.

—¡Ya sé que no!... Te duele el hacerlo... Pero debes hacerlo... ¡Tienes que hacerlo porque... porque es la última cosa que te pido!... ¡Lo harás!...

Carolina inclinó la cabeza en señal de asentimiento. La había vencido la grandeza de alma de aquel hombre.

—No... no llores, amada mía—la dijo Struensee cogiendo su cabeza entre sus manos y besándola cariñosamente en el pelo, en la frente, en los labios...—. Es preferible que te vayas... Sí... vete ahora... ¿Quieres? Las despedidas son una cosa horrible... La muerte será corta... ¿verdad? Pero... por mí... hazlo por mí... Carolina... intenta ser feliz... y ser útil... No llores... bien mío... Tu sonrisa es encantadora... Déjame sonriendo... ¿Quieres?...

Y había tal fuerza de persuasión en sus palabras, que Carolina, por un esfuerzo prodigioso de todo su ser, abrasó sus lágrimas en el fuego de una inmensa sonrisa de amor...

Carolina Matilde pasó la noche en un calabozo apartado, mirando

por el ventanal hacia el mar, esperando ver salir el sol... ¡la hora de la ejecución!

Sus ojos estaban ya secos de tanto llorar, cuando al asomar el disco rojo en la franja del horizonte entró a buscarla el crebajador inglés.

—Cuando queráis, majestad —dijo inclinándose—. Escoltará vuestro buque el crucero "Southampton" de su majestad británica...

—Estoy pronta—contestó Carolina poniéndose en pie como una au-

tómata y avanzando hacia la puerta.

Ya allí volvióse hacia la ventana y fijó aún una mirada infinita en las primeras claridades del día.

En aquel momento, sir Murray sacó su hermoso reloj escocés y lo alargó silenciosamente a la reina infeliz, que le interrogó con una mirada.

—¡Tomadlo, majestad!... ¡Ganasteis la apuesta!... ¡Era todo un caballero!

FIN

PROXIMO NUMERO:



LA EMOCIONANTE NOVELA

EL BRINDIS DE LA MUERTE

por Conchita Montenegro y Warner Baxter

¡EDICIONES BISTAGNE publica siempre lo mejor!

De interés para nuestros suscriptores y lectores

EDICIONES BISTAGNE publicará en esta acreditada colección, en exclusiva, la novelización de la casi absoluta totalidad de las producciones nacionales, y adelantamos algunos títulos a cual más sugestivo:

La bien pagada

(publicada)

El último contrabandista

(publicada)

El niño de las monjas

(publicada)

Don Quintín el amargao

(publicada)

Nobleza baturra

Es mi hombre

Madre alegre

Paloma de mis amores

El malvado Caravel

Rosario la cortijera

Las tres rosas

El secreto de Ana María

Error judicial

La papirusa

La casa de la troya

Currito de la cruz

La mujer adúltera

El cura de aldea

La hija de Juan Simón

El ruiseñor del convento

etc.

Precio: UNA PESETA

Inmejorable presentación

EDICIONES BISTAGNE publica siempre lo mejor!

Laid


6/09

154

no 10376

E. B.

Cubierta, Imp. M. PELICER
Murcia, III - Catálogo 75122

1 
Precio: Una peseta